

Brecha

AÑO 4 :—: ARTES :—: OCTUBRE DE 1959 :—: LETRAS :—: N° 2

Secretario del Consejo de Redacción: Arturo Echeverría Loría — Teléf. 5640 - Apdo. 1157 - San José, Costa Rica

Edita: BRECHA Ltda. — "ES EL ARTE EL QUE VENCE EL ESPACIO Y EL TIEMPO".—Rubén Darío — Precio: ₡ 1.25

Las Aventuras de Pánfilo

Por Lope de Vega

Texto al cuidado de Alfonso Reyes

NOTICIA

LOPE DE VEGA publicó por primera vez la novela *El Peregrino en su Patria* el año de 1604, en Sevilla, libro cuyas últimas ediciones datan del siglo XVIII. Preparé una reedición para la casa Nelson, de Londres, el año de 1916, pero no llegó a publicarse.

En la quinta parte del *Peregrino*, hacia el final, aparece el fragmento a quí reproducido. George Borrow lo cita tres veces en *WILD TALES* como el mejor cuento de espantos que se conoce en la literatura española. Lo tradujo al inglés, y el Prof. S. P. Langley, de la Smithsonian Institution, Washington, conserva o conserva el manuscrito original de esta traducción, la cual puede encontrarse en *W. H. Krapp, Life, Writings and Correspondence of George Borrow*, London, John Murray, 1899, Vol. II, págs. 120-124.

De este cuento ofrecí anteriormente una edición en la Colección Infantil Granada (Madrid, Jiménez Fraux, Edinor, 1920), con los dibujos de R. Romero Culvet. El texto presente se funda en la primera edición. Añado una previa explicación, en itálicas.

Alfonso Reyes

EXPLICACION

PÁNFILO Y SU AMADA NISE, en hábito de peregrinos, recorren los santuarios de España. Divididos por una fatalidad enemiga, cien veces pierde Pánfilo a Nise y cien veces vuelve a encontrarla: cuándo entre los saltadores de caminos, cuándo en un manicomio o en una cárcel.

Un día que Pánfilo buscaba a Nise por los alrededores de Zaragoza, se encontró con un moribundo, a quien una mano traidora había herido y abandonado por muerto en mitad del campo. Pánfilo lo condujo hasta la puerta de un monasterio cercano, donde el moribundo expiró al tiempo que llegaban al sitio su hermano y sus amigos, que ya habían salido a buscarle. El muerto se llamaba Godofre, y su hermano, Tirso. Sospecharon de Pánfilo —a instancias, principalmente, del verdadero asesino, que venía disimulado entre los amigos de Tirso—, y lo condujeron atado a una torre de la familia. Allí la madre y hermanas de Godofre recibieron a Pánfilo con todo género de crueldades: le mesaban las barbas, le daban golpes, y se proponían dejarlo perecer de hambre.

Pero Flérida, la menor de las hermanas, compadecida de Pánfilo y convencida de su inocencia, le vino a libertar una noche; y, a falta de dinero, le proporcionó

algunas joyas y prendas para el camino. Así pudo escapar Pánfilo y emprender el camino de Zaragoza, donde entró "a las horas que el Lubricán resplandece casi en la frente de la serena noche", y donde descansó breve tiempo.

LAS AVENTURAS DE PANFILO

CUANDO LA FRESCA AURORA, como Júpiter en lluvia de oro, transformada en aljófara enriquecía el regazo de la tierra, salió el peregrino Pánfilo de Zaragoza, y por no usadas sendas, de monte en monte y de pastor en pastor, procuraba cuanto podía desviarse del real camino, temiendo siempre que los hermanos de Godofre y Flérida con toda diligencia le buscarían.

Determinóse, al fin de algunas leguas, ir una noche a poblado, fatigado de la aspereza de los montes y la rusticidad del sustento; y entrando en una villa, término de los dos reinos, pidió posada. Mas como en ninguna se la diesen, respecto de verle ya tan mal-

tratado —los pies corriendo sangre, quemado el rostro y los cabellos revueltos—, procuró el Hospital, último albergue de la miseria.

Abierto le halló Pánfilo en aquellas horas, pero sin luz alguna; y preguntando la causa, le dijeron que, por el escándalo que se había oído muchas noches, y después que en él había muerto un extranjero, no se habitaba ni vivía; pero que entrase dentro, que en una capilla de él vivía un hombre de santa vida y conversación que sufría por Dios aquellas molestias, y él le informaría y daría dónde sin peligro durmiese.

Pánfilo entró dentro, teniendo por el oscuro portal con un cayado que en vez de su bordón traía. Vio lejos una pequeña luz y, enderezando a ella, llamó a aquel hombre.

—¿Qué me quieres —respondió a sus voces— maligno espíritu?

—No soy quien piensas —respondió Pánfilo—. Abre, amigo, que soy un peregrino.

que busca posada para esta noche.

Abrió la puerta entonces, y vio Pánfilo un hombre de mediana estatura y edad, los cabellos largos y la barba crecida y enhebrada; cubríale una ropa de sayal hasta los pies. La capilla era pequeña, el retablo devoto, y en la peaña de él dormía aquel hombre. Tenía por cabecera una piedra, su báculo por compañía, y una calavera por espejo: que ninguno muestra mejor los defectos de nuestra vida.

—¿Cómo has osado entrar —le dijo—, peregrino? ¿No te ha dicho ninguno el mal hospedaje de esta casa?

—Si han dicho —respondió Pánfilo—: pero he pasado yo tantos trabajos, desdichas, prisiones y malos acogimientos, que ninguno será nuevo para mi ánimo.

Encendió una vela entonces el huésped, en la lámpara que delante de las imágenes ardía, y sin preguntarle quién era, le dijo:

—Sígueme.

Fue Pánfilo tras el hombre; y, pasando un jardín tan intrincado que más parecía bosque, entre unos cipreses le mostró un cuarto de casa, y abriendo el cerrojo de un aposento grande, le dijo:

—Entra, y pues eres mozo robusto y enseñado a trabajos, haz la señal de la cruz, y duerme sin reparar en nada.

Pánfilo tomó la luz, y afirmándola sobre un poyo que la sala tenía, se despidió del hombre y cerró la puerta. En la sala había una cama bastante para descansar quien en tantas noches lo había tenido en el suelo. Desnudóse, y vistiéndose una de las dos camisas que Flérida le había dado partiéndose, se acostó en ella.

Apenas había revuelto en su fantasía la confusión de historias que en la quietud del cuerpo repite el alma, cuando la imagen de la muerte que llaman sueño ocupó sus sentidos, con la fuerza que suele tener sobre cansados caminantes.

La parte que desampara el sol cuando se va a los Indios estaba en profundo silencio, cuando, al ruido de algunos caballos, despertó Pánfilo. Parecióle que caminaba —cosa que a los que caminan siempre sucede, que la cama se mueve como la nave, o anda como el caballo que traía—; pero acordándose que estaba en aquel Hospital, y advertido del escándalo por cuya causa era inhabitable, abrió los ojos. Y vio que, como si entraran a jugar cañas, de dos en dos entraban a caballo algunos hombres; los cuales, encendiendo unas ventosas de vidrio que traían en las manos en la vela que había dejado, las iban tirando al techo del aposento, donde se clavaban y quedaban ardiendo por largo espacio, quedando el suelo pegado a las tablas, y la boca vertiendo llamas sobre la cama y lugar donde había puesto los vestidos.

Cubrióse el animoso manco lo mejor que pudo, y dejando un pequeño resquicio a los ojos para que le avisasen si le convenia guardarse del comenzado incendio, vio en un instante las llamas muertas, y que, en una mesa que a la

esquina estaba, se comenzaba un juego de primera entre cuatro. Pasaban, descartábanse y metían dineros como si realmente pasara de veras. Y habiéndose enojado los jugadores, se travó una quistión en el aposento, con tantos golpes de espadas y broqueles, que el misero Pánfilo comenzó a llamar a la Virgen de Guadalupe, que sólo le faltaba de visitar en España, aunque era del reino de Toledo, porque las cosas que están muy cerca, pensando verse cada día, suelen dejar de verse muchas veces.

Pero, cesando el golpear de las espadas y todo el ruido por media hora, quedó de un sudor ardiente bañado el cuerpo en agua. Y estando, a su parecer, satisfecho que ya no volverían, sintió que, asiendo los dos extremos de la colcha y sábanas, se las iban quitando poco a poco.

Aquí fue notable su temor, parecióle que ya se la atrevían a la persona, pues le quitaban la defensa. Y, estando de esta suerte, vio entrar con una hacha un hombre, detrás del cual venían dos: el uno con una bacía grande de metal, y

el otro afilando un cuchillo.

Erizándosele los cabellos en esta sazón de tal suerte, que le pareció que cada uno de por sí le iba tirando; quiso hablar y no pudo. Pero cuando a él se acercaron, el que traía el hacha la mató de un soplo; y pensando que entonces le degollarían y que aquella bacía era para coger su sangre, fue a detener con las manos el cuchillo adonde le pareció que le había visto, y sintió que se las tragaron a un mismo tiempo.

Dio un grito Pánfilo, y en este instante volvióse a encender el hacha, y vio que dos grandes perros se las tenían asidas.

—¡Jesús!— dijo turbado. A cuya voz se metieron debajo de la cama y, vuelta a matar la luz, sintió que le ponían la ropa como primero, y que, alzándole de la cabeza, le acomodaban de mejores almohadas y le igualaban con grande aseó, curiosidad y regalo la sábana y colcha.

Así le dejaron estar un rato, en el cual comenzó a rezar algunos versos de David de que se acordaba, si entonces se podía acordar de sí mismo. Y recobrando aliento, con alguna confianza de que, habiéndole compuesto la cama, le dejarían en ella, vio que los que debajo de ella se habían entrado la iban levantando por las espaldas, con su persona encima, hasta llegar al techo.

Donde, como temiese la caída, sintió que de las mismas tablas le asía una mano del brazo; y, cayendo la cama al suelo con espantoso golpe, quedó colgado en el aire de aquella mano; y que al rededor de la sala se había abierto gran cantidad de ventanas, desde adonde le miraban muchos hombres y mujeres con notable risa, y con algunos instrumentos le tiraban agua.

Ardiósele la cama en este punto, y así la llama le enjugaba, aunque con mayor que al agua había tenido. Cesó la luz de aquel fuego y, tirándole de las piernas, también le pareció que le faltaban, y que había quedado el



cuerpo tronco y sin ellas. Fue- se a este tiempo alargando a- quel brazo que le tenía asido, hasta la cama, donde otra vez de nuevo le acostaron y rega- laron como primero.

Descansaron estas vanas ilusiones cerca de una hora, después de la cual sintió que le asían las pobres alforjuelas en que traía algunas prendas y papeles de Nise y las joyas de Flérída, y que se las lleva- ban arrastrando por la sala.

¿Quién creará lo que digo? Levantóse Pánfilo animoso a cobrillas; y el valor que no tuvo para defender su perso- na, le sobró para resistillas.

Salieron del aposento al huerto y, como los siguiere,

vio que por entre aquellos ci- preses llegaban a una noria, adonde las echaron, y a ellos tras ellas.

No quiso Pánfilo pasar más adelante; mas volviendo con valeroso esfuerzo por donde el ermitaño le había guiado, llamó a su aposento.

Abrióle el hombre, y viendo su color y desnudez le dijo:

—Mala noche te habrán da- do los huéspedes.

—Tan mala—dijo Pánfilo— que no he dormido, y les dejo mi pobre hábito por paga de la posada.

Albergóle entonces en la suya aquel hombre lo mejor que pudo, y refiriéndole suce- sos de otros, esperaron la ma- ñana.

La luz del día, amable e ilustre obra del Hacedor del cielo y única guía de los mor- tales, dio aviso a Pánfilo de que ya podía estar seguro de las malditas infestaciones de aquel espíritu; y, despertando al hombre, se levantaron en- trambos, y juntos se fueron por la huerta al aposento don- de había dormido. Y entrando en él a ver el estrago de la pasada noche, hallaron la ca- ma y las demás cosas del apo- sento sin lisióñ alguna, y la ropa de Pánfilo en el mismo lugar donde la había puesto.

Vistióse y, corrido de que aquel hombre le tuviese por fabuloso y hombre de poco ánimo, le pidió licencia para irse. Desde cuyos brazos tomó el camino a Guadalupe, sin osar volver la cabeza a aque- lla villa, donde prometió no volver en su vida por ningún acontecimiento, fuera de estar en ella su amada Nise.

(Tomado de "La Flecha".

No. 1. México, D. F., 1957).

Librería ANTONIO LEHMANN

En su departamento especializado

OFRECE:

Nuevo Diccionario MEDICO Larousse

Para conocer y conocerse:

El "NUEVO DICCIONARIO MEDICO LAROUSSE" refleja exactamente el estado actual de la ciencia médica; reúne en artículos separados de fácil consulta una enorme suma de conocimientos de anatomía, patología, terapéutica, cirugía, psiquiatría, medicina social, obstetricia, anestesia, endocrinología, dietética, toxicología, etc.

Expone detalladamente para el público culto los más recientes progresos.

Su novedoso suplemento anatómico de láminas transparentes superpuestas permite adquirir un conocimiento sólido de la ubicación y relaciones de nuestros órganos.

Profusamente ilustrado con fotografías fieles y explícitas, y aclarado por figuras demostrativas, constituye un inapreciable instrumento de cultura que, con la misma exactitud, pero sin el tedio y la aridez de los textos especializados, permite saber bien y de inmediato todo cuanto se refiere al funcionamiento de los órganos y la salud del cuerpo humano.

La Mariposa de Alas Azules

(RELEYENDO A DON ANASTASIO ALFARO)

Para don Jorge A. Lines

Por Carlos Luis Sáenz

“Es la reina de las mariposas...”.

El naturalista, ya en los últimos días de su ancianidad —¡ochenta y tantos años!— evoca sus recuerdos y cuenta. Se dirige ahora, como de costumbre, a un público invisible, a un público atento, que escucha con simpatía —tal como el anciano se lo imagina—, al que le ha venido contando durante más de medio siglo las maravillas fabulosamente reales de nuestra naturaleza; desde las semillas voladoras hasta los peces sin escamas; desde el cráter muerto hasta el río vivo; desde el colmillo venenoso de la serpiente hasta el delicado nido de los chupaflores.

“La mariposa de alas azules...”.

Cuenta: voz pausada, voz de observador agudo, alerta, que sabe demorarse en las cosas, cualidades y sentidos de las cosas, y que luego traslada sus observaciones, nítidas, en las palabras certeras.

El tono de la voz, entusiasmado, cálido, no reñido con la exactitud y el rigor científicos, por el hilo del cuento, va llevando a su público de prodigio en prodigio, de revelación en revelación.

Tiene contados muchos, muchos cuentos: el cuento del venado blanco; el cuento de un monstruo infernal; el cuento de la María Seca; el del Paquiranfo; el de las abuelitas del comején; el del escarabajo enterrador; el de los

tesoros del Chinchirigüí... Y más: la historia de Temerón y el tigre de la montaña; la historia de las colonias de garzas blancas; la de las abejas del arragre, y cien más.

¿Para qué ha consagrado su vida entera a contar estos sencillos, deliciosos cuentos, estas historias naturales tan maravillosas como las historias imaginarias?

“Para ensanchar los conocimientos y difundir las luces entre los hombres”. Para que los niños —el público invisible, al que de preferencia se dirige el sabio naturalista— salgan al campo; salgan a “ver volar en lo alto la ropita blanca de las **petaquillas**” y sorprendan en ese vuelo cómo viaja la vida en las simientes; para que los niños del Guanacaste madruguen, a las cinco de la mañana, a oír los gritos de los congos, pavas y loros; para que sepan, con los ojos cerrados, por el olor, que cerca hay hongos o hierbas melíferas o podridos troncos fosforescentes; para que beban agua pura en alguna quebradita sombreada de helechos...

Así aprenderán, los niños, en la vida, los milagros de la vida y serán por ello más inteligentes, más buenos y más felices.

¿Y el cuento de la mariposa de alas azules? La mariposa de alas azules, la reina de las mariposas, vive en las tupidas selvas costeñas. La selva es oscura, húmeda, misteriosa. La selva tiene olores diferentes en las distintas horas del día y en las dos estaciones:

la seca y la lluviosa. Hay que tener los cinco sentidos muy despiertos para que no se nos escapen ni los encantos ni los peligros de la selva: el chillido, ti, ti, tirí, tirí, del chupaflores que posado en una débil ramita se limpia el brillante plumaje con su largo pico negro; el grito resonante del pájaro carpintero, rrré, rrré, rrré, rompiendo la madera de un tronco añoso cubierto de líquenes y lianas; el roce húmedo de las hojas de los helechos que aspergian lluvias de gotitas transparentes; el paso sigiloso del venado y, a veces, el tigre escondido entre las malezas o el sonido de la serpiente que se arrastra en la hojarasca.

Bajo la sombra deliciosamente verde de los árboles, de pronto, ¿qué hemos visto atravesar como un relámpago azul? ¿Será un colibrí? Nos acercamos a un tronco carcomido de color gris amarillento; pegada al tronco hay una parda hoja seca que antes no hemos notado. ¿Es una hoja seca? Esperemos, sin perderla de vista. La hoja seca se ha abierto por la mitad a modo de un pequeño libro, y ya no es parda, sino azul, de un azul intenso, metálico, brillante. La hoja convertida en joya, como Cenicienta en el baile del Príncipe. Es la reina de las mariposas, la mariposa de alas azules. Su reino, la selva entera y en la selva nada hay más ricamente azul que sus alas.

El naturalista nos va contando la vida del insecto: cuando fue una oruga recién salida del huevecito; cuando

fue crisálida y estuvo pendiente, como un cairel, en el envés de una hoja y, al fin, cuando se mudó en esta joya de alas azules, lujo del bosque. El naturalista nos habla de otras mariposas, diurnas, nocturnas, crepusculares: hay una mariposa de vuelo rápido que semeja un helicóptero: pesado cuerpo cónico, largas alas ovaladas, tiene una trompa de succión como de veinte centímetros que le sirve para penetrar hasta el néctar de las flores tubulares... De flor en flor van las mariposas buscando la miel, como las abejas, y así ayudan a la fecundación de las plantas, como si dijéramos, están ayudando a que haya praderas y bosques, huertos y jardines.

A esta mariposa de alas azules espléndidas la ha conocido el naturalista en sus años de juventud, cuando hacía sus primeras excursiones por nuestras selvas. Como es rara y como su reino es tan vasto, apenas sí ha podido observarla ocasionalmente. ¿Pero a los ochenta años todavía la está recordando como se recuerda un milagro!

Mientras escuchamos el final del cuento soltamos la imaginación, esa loca de la casa que

**“Vive de ilusiones,
desdeña la pompa,
piensa que la nada
conduce a la gloria”**

y en la pantalla mágica se nos va pintando la escena: atardece; el anciano naturalista que escribe en su cuartito de estudios mira la ventana; el cielo en la ventana, a esa hora, es una gigantesca mariposa de alas azules que ha venido a posarse en los cristales transparentes. Final del día, final de una vida. Soñemos, alma, soñemos ¿Y después? Quizás ahora el sabio naturalista se estará recreando en una selva verde en cuya sombra vea volar miles de mariposas de alas azules que han venido a renovar el misterio del universo.

San José, C. R.,

Julio de 1959.

Palabras sobre Poesía y "Poesía Social"

Por Alberto Ordóñez Argüello

Venimos al Studio de una joven pintora, —la exquisita y cordial Julita Díaz—, citados para tratar de un tema que a muchos apasiona: El que se refiere a la Poesía en sí, capacidad creadora en el hombre de obras esencialmente nacidas con belleza, y la problemática planteada sobre lo que se ha dado en nombrar "poesía social". En el fondo, sentimos que no existe tal problema dentro de los dominios de la poesía y el arte verdaderos, porque la selección de un tema constituye para el poeta y el artista un acto de libre albedrío en el que juega importante papel su desarrollo espiritual y su consciencia artística. Pero un poema es un poema, si logra satisfacer su unidad de belleza. Podrá ser social en la misma dirección que ser un poema simbolista, modernista o surrealista. Lo fundamental es que no traicione su esencia de poema para volverse una entelequia intelectual con recursos oratorios o versificadores. La zona de desplazamiento del poeta en el poema es, por tanto, independiente del tema que lo reclama. Su compromiso tiene la misteriosa sencillez del milagro: crear poesía—hacer poesía.

Hoy más que nunca, sin embargo, hablar de la poesía es realmente asirnos del Arca de la Alianza, en medio del diluvio catastrófico que amenaza con el naufragio de todos los valores tenidos hasta ahora como razonables. Jamás sobre la tierra se había odiado tanto. Estamos en la era atómica y a pocos pasos de la

total destrucción. Todo esto nos hace volver los ojos angustiados hacia Dios y hacia las cosas que se le parecen. Y porque la poesía es indudable reflejo de su luz divina, redoblemos nuestros esfuerzos por hacer de la poesía el idioma conciliador de los nuevos profetas. En consecuencia, nos hace falta encarar el asunto que nos trae sobre el terreno de la humana convivencia.

En primer término, entendemos por poesía, y sus varias manifestaciones en el reino del arte, al don creativo sobrenatural que hace del hombre un pequeño Dios dentro del Cosmos. De acuerdo con nuestra hermenéutica cristiana, representa uno de los medios intuitivos para explicarnos el divino origen del linaje humano. Y es ya razonable pensar que esa posibilidad extraordinaria de crear la belleza, en cierto modo similar a los procedimientos de Dios, constituye un patrimonio que responsabiliza al poeta y al artista consigo mismo y con el mundo que lo rodea. Decimos que se responsabiliza consigo mismo para significar el cumplimiento de las condiciones inherentes a su ejercicio y, en relación con el mundo exterior, por la bondad y calidad del mensaje contenido en su obra. De otra manera, la poesía habría de perder para siempre su carácter mesiánico, esa mágica fuerza misional que encuentra su raíz en el principio armónico del Cosmos. Negar su prodigioso rol capaz de realizar el mito de Orfeo conciliando hasta las fieras, rebajaría la poesía a

un simple fenómeno psicoestético sin trascendencia humana, o a un **hobby** más o menos delicioso del egoísta introvertido, en vez de servir de instrumento de comunicación y concordia entre los hombres.

Cuando los grandes teorizantes de la estética—citemos, por ejemplo, a Benedetto Croce— fijan las normas o cánones de la belleza en cuanto a forma, comprendemos que nos están hablando de ciertas reglas de oro imprescindibles para que se produzca una obra de arte. Pero eso no es más que el rito de una misa que habrá de manifestar el mensaje del poeta o del artista. Hace falta su esencia, su verdad. Permitidme la comparación con una bella lámpara en la cual todavía no ardiera la presencia de la luz. Entonces creemos, con Tolstoy, que el Arte debe ser humano y por humano social desde su más extrema intimidad. Si Keats ha dicho: "A thing of beauty is a joy for ever", es porque la belleza produce júbilo imperecedero que no puede brindarnos un arte deshabitado por el hombre. Es decir, tiene que ser un arte sincero, transido de humanidad, en cualquiera de los rumbos donde oriente su brújula. Qué es la poesía? —se pregunta Cocteau y responde: "Una partida de cartas jugada con el alma". Pero la definición del inefable Chaplin aún va más lejos:— "Toda obra de arte es una carta de amor escrita a alguien".

Proclamar el término de "poesía social" como un coe-

ficiente de valoración definitiva en la escala artística solamente por el factor socialhumano implicado en la temática, es nada menos que la caída mortal del poeta o del artista. A tal maniobra se la ha declarado "arte útil", "arte servicio" y, en realidad, no significa otra cosa que la prostitución del arte bajo consignas políticas transitorias, o un ocaso para la poesía. Sobre el plano filosófico de lo artístico, más que el concepto vulgar de un arte útil en el sentido social, consideremos que la poesía verdadera se escapa a los fríos razonamientos creadores de la técnica. Por eso muchos grandes poetas y artistas equivocaron su camino al intentar hacer del arte un instrumento técnico de propaganda. Estamos francamente en contra de la poesía de cartel o el arte de **affiche**. Pero también, al mismo tiempo, debemos reaccionar contra los vicios del pasado. Existen una literatura y un arte superfluos, postizo lujo de las épocas decadentes, los cuales tampoco alcanzan a adquirir categoría en el maravilloso reino de la poesía. Ortega y Gasset en su notable ensayo sobre "**La deshumanización en el Arte**" esclarece satisfactoriamente este problema vital del gran debate, pues así como el arte de versificar no hace al poeta, así también el poeta no encontrará la verdad de su poesía sino en el fondo claro o tenebroso de su propio corazón. Es decir, si por algo el arte trasciende es por el soplo de humana autenticidad que le comunica el genio y temperamento de su pequeño Dios creador. En una palabra, sabemos amar en Rainer María Rilke su poesía hondamente existencial en la que priman los recuerdos, los vaticinios y los sueños, en la misma forma, pero distinta dimensión, con que amamos la poesía estremecedora y cósmica de César Vallejo, en la cual se interna, como el mar en un golfo, todo el dolor del mundo.

Estimamos, por todo lo expuesto, que el esquemático membrete de poesía social diseña el concepto y lo desnaturaliza. La poesía no se torna social por el hecho de aunar determinadas tesis o cantar

Mi don Joaquín García Monge

Por Claudia Lars

Fue en el mes de junio de 1931 cuando tuve el privilegio de conocer personalmente al varón santísimo que en esta vida se llamó Joaquín García Monge.

Antes de que yo me estableciera en Costa Rica —donde viví cuatro años largos— el nombre de García Monge me atraía hacia ese suelo verde y húmedo, como el norte de la brújula atrae a la aguja imantada. Había oído hablar del publicista costarricense a numerosos escritores que iban y venían por tierras de América. Salomón de la Selva me lo había descrito —con palabras cálidas y llenas de color— como un extraordinario caso de generosidad humana y de devoción por las letras. Todos me contaban que don Joaquín era más bueno que el pan, y que su *Repertorio Americano* —que estimulaba el

talento literario de la juventud de Centro América y del Continente— era al mismo tiempo una tribuna que servía para divulgar la obra de los grandes artistas y escritores de todas las naciones y de todos los tiempos, para rendir ferviente homenaje a los hombres de genio y para celebrar en sus páginas —hechas con inmenso cariño y especialísimo cuidado— a los héroes y directores de esta afligida humanidad. Según me habían dicho, ese famoso Cuaderno de Cultura, impreso en país tan pequeño, se había convertido en excelente publicación de tipo muy propio, que reunía en su plan cultural y de labor docente, a las personalidades más disímiles.

Después de dos o tres visitas a la Biblioteca Nacional de San José —dirigida entonces por el mismo don Joaquín—

se estableció entre él y yo un fuerte lazo de simpatía; lazo que a través del tiempo llegó a transformarse en una preciosa y duradera amistad.

Recuerdo a García Monge como a hombre de edad madura, pero que gozaba de salud perfecta. De temperamento sanguíneo, su cara redonda y bonachona se iluminaba a cada momento con una fácil sonrisa de colegial. "Cara de Niño Dios alegre", decía la humorista Carmen Lyra, cuando quería describirla gráficamente. La verdad es que don Joaquín —"don Joaquinito" como yo le llamaba, mirando el diminutivo y poniendo en él la caricia permitida por cualquier moralista— escondía en su pecho de hombre cuarentón a un niño confiado y puro, que se maravillaba ante una fresca mañanita del verano, que contaba estrellas

de la noche desde el corredor de su casa, que le enternecía que una muchacha bonita colocara rosas en el florero de su escritorio, y que cuando venía a visitarme y a tomar conmigo el té de la tarde, se relamía como un chiquillo goloso ante las tostadas de pan con jalea de guayaba que yo ponía en su plato, o ante un pastel de fresas de la meseta, que había preparado y horneado mi cocinera negra.

Este era el "don Joaquinito" de aquellos años felices, en los que Ninfa Santos Mora—adolecente más loca que la cabrita del cuento de la cabra loca, y más atrevida que un gorrión— le llevaba de regalo ensartas de caracolillos, y le daba en la cabeza un inocente beso inesperado, que al pobre le quitaba el habla y le ponía las mejillas más rojas que un tomate...

Rodeado de libros; con las tijeras en una mano y el bote de goma en la otra; revolviendo periódicos y revistas; buscando un borrador o sacándole punta a un lápiz; recortando aquí, pegando allá, remendando lo otro... este admirable monje laico —que era monje en su vida tanto como en su nombre— hacía verdaderos milagros para que *Repertorio* llegara puntualmente a los suscriptores, y regalaba la mitad de cada edición.

Todavía me duelen las mil y una angustias que sufrió

obligatoriamente temas preconcebidos. La poesía es, debe ser, social de hecho. Es evidente que el verdadero poeta se mueve en su condición de hombre con el acontecer de su propio destino. Aún más, el destino del poeta se encuentra, como ninguno otro, relacionado con el destino de los demás hombres y, a veces sorpresivamente vinculado con el destino dramático de toda la humanidad.

En rigor, el poeta y el artista verdaderos no pueden quedarse mirando la vida desde lo alto de una torre de marfil, sobre todo cuando ruga la tempestad. Pero nunca podremos aceptar un arte de consignas, dirigido por los po-

líticos que siembran el odio del hombre contra el hombre. Al lema reaccionario de Charles Maurras, que asume su posición con estas palabras: "*Politique d'abordé*" o la regimentación marxista que llega con Plejanov a colocar a la poesía bajo la influencia de ciclos económicos, respondámonos con las banderas desplegadas de la libertad artística. Somos hoy espectadores del hundimiento de las filosofías que han pretendido dar al hombre un sistema artificial de evolución y progreso en el espacio y en el tiempo. Pero hay alguien que dijo: "Yo soy la Verdad y la Vida" y nos dejó la única salida de salvación posible, basada en el ejercicio del amor. Y sólo a través

de un mundo encontrado en el amor del hombre por su semejante lograremos salvarnos.

Consideramos, pues, estéril cualquier lucha conceptual en torno de la Belleza. La fórmula, sin embargo, del "Arte por el arte" coarta el proceso de su liberación que no reconoce fronteras. Necesitamos no "un arte por el arte", concepción curiosa que parece morderse la cola como la simbólica serpiente de los teósofos. El lema salvador para nosotros es el del "Arte para el hombre", arte humano de toda humanidad, en el cual todo el drama de la Creación se refleje como en un pulido espejo. La poesía es inmanente en lo creado, y

por esto nace con los elementos armónicos colocados por Dios en la naturaleza. Que la encuentre el hombre en su alegría o en su dolor; o hacia afuera, en la tierra, en el fuego, en el agua o en el mar... Pero que sirva únicamente a los designios que bajan de lo Alto. Y podamos decir con Bécquer:

"Ni digáis que agotado su
(tesoro
de asuntos falta enmudeció la
(lira.
Podrá no haber poetas pero
(siempre
habrá poesía".

San Salvador,

El Salvador, 1957.

don Joaquín, mientras dedica cada minuto de su existencia a la cultura de nuestros pueblos, y al servicio del arte y de la literatura del mundo!.. Costa Rica se dió cuenta hasta muy tarde —pues nadie es profeta en su tierra— de la abnegación y el conocimiento que tan vitalmente latían en ese modesto maestro de escuela, que era ya guardián y expositor de ideas, impulsador de las luchas más nobles.

A veces los amigos lo sacaban de un difícil apuro económico —siempre en relación con su Revista— y yo vi en varias ocasiones al campechano y generoso Max Jiménez —pintor originalísimo y poeta y escritor de méritos— cambiar en un instante la mala suerte de don Joaquín en un rato de buena fortuna. Entonces el beneficiado sonreía agradecido, afirmando que la vida no es tan mala como parece a simple vista, pues si “en el hombre existe mala levadura”, también dentro de

muchas criaturas humanas hay ángeles activos, aunque ocultos...

Si el temperamento de García Monge era suave y bondadoso por naturaleza; si él mismo se definía como “un ecléctico” —es decir, como el individuo que tiene un concepto equilibrado de la vida, y que al juzgar actos y doctrinas de los hombres, lo mismo que circunstancias y acontecimientos, procura conciliar ideas extremas, y de su juicio obtener conclusiones intermedias— los costarricenses saben que en cada batalla del pueblo en favor de la libertad y de la justicia, la posición de don Joaquín fue de firmeza absoluta, de voluntad completa y de trabajo inigualable.

Peleó sin temor, cuando fue necesario pelear —a pesar de que aborrecía la violencia— y en ciertos casos **Repertorio** se convirtió en ardiente campo de batalla. Sandino —el moreno capitán de las reivindicaciones

nicaragienses— fue presentado al Continente por García Monge en su exacta estatura moral; la España Republicana tuvo en él y en su extraordinario Cuaderno dos aliados estupendos; piratas disfrazados de comerciantes o de benefactores fueron desmascarados y puestos en evidencia por su pluma o por artículos de sus colaboradores; políticos locales temieron su palabra, y algunos burgueses bien intencionados agradecieron su simpatía y admiraron su ejemplar conducta. Sin embargo... ¡qué existencia tan llena de privaciones y tan poco estimulada en su diaria y paciente labor!... Gentes prejuiciosas lo confundieron con este o con aquel partido político, y don Joaquín, en su afán por servir a los más necesitados —“a los que tienen hambre y sed de justicia”— permitió que suposiciones, mentiras y calumnias entristecieran y hasta ensombrecieran los últimos años de su cristiana vida. Como nuestro

gran Masferrer, fue víctima de la mayor incomprensión por su sentido espiritual sobre lo que es la dignidad del hombre y de toda la humanidad. Sabía que estaba cumpliendo un sagrado deber —tal como él lo entendía— y el cumplimiento de tan noble misión le daba fuerza y valor.

Si yo fuera pintora, situaría a García Monge “bajo un árbol de uruca en flor”, en un luminoso y costarricense “veranillo de San Juan”. Lo pondría en el lienzo rodeado de muchachos y muchachas, y de alguna manera colocaría en sus manos un libro y un pan. Entregando libro y pan a los jóvenes —o pan y libro, si esto les parece más lógico— trataría de que don Joaquín nos dijera con su mirada, con su sonrisa, con toda su expresión de hombre bueno, lo que él nos predicó cada día, mientras estuvo entre nosotros: que el pan y el libro no pueden separarse.

UN TROPEZÓN
en el trabajo
puede costarle una fractura

Sea cuidadoso...

Ud. es la víctima

PREVENCION DE RIESGOS

Instituto Nacional de Seguros

Henry Moore, sencillo, puro y auténtico

Por Luis Trabazo

Henry Moore pasa por ser el más notable escultor de nuestro tiempo, y de él se ha dicho que, en unión de Miguel Ángel y Rodin, forman la trilogía de los "tres grandes" de la escultura, a partir del Renacimiento.

Yo no voy a discutir ahora la corrección matemática de esa ecuación, pues no es el caso; pero, sea como quiera, Moore es un escultor formidable, de los que hacen soñar al alma y pensar a la mente.

Su impresión sobre el ánimo —al menos sobre mi ánimo— es, fue, inmediata. No bien entré en la sala de la Dirección General de Bellas Artes, donde tenía lugar la exposición, sentí el "shock" típico de los grandes espíritus.

El "shock" es algo fundamental en arte: ya se trate de escultura, de poesía, de arquitectura, de música... Es el nuncio de la vida interior, de cierto elemento irracional o místico, no lo sé; pero superior en todo caso; que da el aldabonazo a las puertas del corazón más hondo y de los túneles más hondos. Es lo que tiene un Walt Whitman, un Poe, un Dostoievski, un Bruegel, un Cervantes... Luego, uno, ya recuperado, se pone a reflexionar, y hasta puede ser que discuta los valores del genio; pero el golpe está dado, y las puertas de nuestra alma ya han sido abiertas. Sería inútil tratar de razonar ese golpe que ha calado hondo, en zonas adonde la razón no llega. Si bien pueden razonarse otras cosas, otros aspectos del

arte y del artista, siempre un tanto epidérmicos.

El razonamiento se hace más bien por cortesía. El sentimiento, empero, se guía por esas ocultas simpatías, a las que el "shock" nos despierta.

NADA DETESTO YO MAS QUE lo mezquino. Lo mezquino es cuestión de alma, no cuestión de tal cual estética. Hay estéticas miserables (como verbigracia la de un Delacroix) que tienen, sin embargo, grandeza de alma. Es a esto a lo que me refiero. Cualquiera que vea un cuadro del maestro francés del Romanticismo, se sentirá —si está un poco cocido en lides de estética— defraudado por la realización: aquello es demasiado enfático y al par demasiado ingenuo; la técnica es un tanto ruda; los colores crudos, agrios. Pero, por encima de todo esto, está cierto ímpetu primigenio, que Delacroix tiene de natura, y que suscita inmediatamente sobre el ánimo del espectador la sensación de hallarse ante alguien, ante "todo un hombre". Y, al revés: ve uno tipos que "contestan admirablemente al programa", que cumplen todas las exigencias de su época, que son consecuentes, claros, proporcionados, etc., etc.; pero que, sin embargo, no sabríamos decir bien por qué aparecen mezquinos.

Por esa tendencia mía a dejarme llevar de la simpatía hacia lo que siento grande y por ese odio innato que tengo a lo mezquino, habré sido, tal vez, injusto, muchas, en mis

críticas. Pero ¿habré sido de veras injusto?

Estaba yo contemplando la obra de Moore, con la sencilla emoción que despierta todo lo que es sencillo, puro y auténtico, cuando alguien, a mis espaldas, dijo en voz lo bastante alta como para crear la sospecha de que lo hacía con el expreso fin de hacerse oír y notar:

—Esto ya está superado.

El hombre, por su porte, pertenecía a la estirpe de los mezquinos, de los que lo miden todo por una regla de tres, y creen que las cosas —las que de verdad "son"— pueden superarse. Pensé:

¿Qué frase más banal, y qué propia de tipo tan banal! Bien, que ladren. Sigamos viendo la exposición.

La exposición era de esculturas, en primer lugar, puesto que de escultor se trata; pero había allí también dibujos y fotografías.

Los unos y las otras cumplían su papel admirablemente, y ayudaban al espectador a penetrar en el complejo subjetivo mundo del artista, así como a valorar mejor sus designios puramente objetivos.

LAS ESCULTURAS DE HENRY MOORE —téngalo presente el lector— han sido concebidas para el aire libre, por lo general. Así, un emplazamiento cerrado, por excelente que sea (y el de la sala de la Dirección General es de

lo más excelente), adultera un tanto el sentido de las esculturas; por eso, las fotografías, que estaban hechas sobre los propios emplazamientos, daban por ventura una idea más cabal de la escultura en cuestión y permitían sentir más naturalmente sus efectos. Recuerdo al respecto, por ejemplo, aquella cruz (si es que podemos llamarla así) sobre los cantiles marinos. El efecto era noble y emotivo. Recordaba, el sencillo monumento vertical, a uno de esos "menhires" de los pueblos celtas: escultura megalítica, ciclópea y de formas sumarias, muy dulces en este caso, aunque no exentas de cierta rudeza y vigor. Las incisiones de la cruz, cortadas en biseles muy calculados para el juego de los espacios, pero muy espontáneas a la vez, muy musicales diríamos, armonizaban admirablemente con la estructura rocosa del emplazamiento, formando con él una sola pieza, y todo el monumento tenía algo de cántico que se eleva líricamente sobre el lugar, tan lleno de melancólica grandeza.

Los dibujos siempre me interesaron a mí mucho, porque dan la noticia inmediata del concepto y del sentimiento. En el dibujo está la semilla, y, por eso, cuanto más radical, cuando más cerca del esquema primario se halle el dibujo, más me interesa. Moore tenía dibujos de tres clases: unos, ya muy elaborados, que eran como un estudio o maqueta de lo que había de ser la escultura. Los tenía muy buenos; pero no eran los que más me atraían. Otros, nerviosos trazos de unas cuantas líneas compositivas; líneas de búsqueda, un tanto a bulto y muy apasionadas, fueron lo que más me gustó. Me revelaban nitidamente el fuego interior, la noción del movimiento y el juego de las masas; me revelaban la idea y el propósito, no sólo de una composición determinada, sino, lo que es más importante, de "la composición", en el subconsciente de Henry Moore. De éstos, tan interesantes dibujos, tenía muy pocos, y chiquitines; alguno de cuyos apuntes, ni siquiera estaba al natural, sino impreso en un libro de los que había abiertos en las vitrinas.

Finalmente, tenía otros dibujos de "estudio". Esos eran machacones y un tanto rígidos, como correspondía a su propósito; pero muy interesantes también, porque contribuían a descifrar ante el espectador curioso el proceso de la investigación y aprendizaje del artista. Eran, sobre todo, aquellos dibujos de mineros en la mina, y de huesos del esqueleto humano o de otros, y de formas naturales orgánicas, minerales o vegetales.

Orgánicas: he ahí una palabra clave para entender la escultura de Moore. Le interesa a Moore, bien se ve, todo lo que es vida, todo lo que tiene un impulso insito, un anhelo. Y por esa va hacia los organismos vivos, es decir: a la Naturaleza.

Es una lección más que, un grande abstracto, como otros grandes abstractos (suponiendo que esté bien bautizar a Henry Moore, con ese tan equívoco apelativo) da a los tontos.

Todo lo que tiene una fuerza y una autenticidad viene de la Naturaleza. Moore lo demuestra; Picasso lo demuestra. Y, el propio Mondrian, que ha defendido la abstracción contra la natura, pero tras de haberse hartado de estudiar la natura, lo demuestra.

Ser fiel a la Naturaleza, en lo que ésta reclama de fidelidad, no quiere decir ser su esclavo. El espíritu es libre; y, él mismo, también es naturaleza: naturaleza superior. Pe-

ro, todos los grandes espíritus, no por sentimiento de esclavitud, sino de huilidad, y sobre todo de "unión mística", van, y llevan a la siempre virginal madre natura. Los espíritus triviales, en cambio, que viven de las rentas de los grandes, de sus detritus, de sus excrementos —diríamos— desprecian la naturaleza. Pero los grandes crean, y los triviales sólo imitan, mal imitan. Sólo que lo que sucede es que, para elevarse de la Naturaleza a la abstracción; es decir, al espíritu y a la creación poético-plástica original, hace falta genio; y una paciencia que es amor y genio y curiosidad infinita, inextinguible. Y, en cambio, robar a un grande, aunque eso lo hace cualquiera, es más fácil y productivo: es como ir por el atajo.

PARA UN HOMBRE DE MI RAZA, MOORE está hecho a la medida. Tiene todo el ensueño que es propio de mi raza soñadora; tiene el sentido de lo ciclópeo y elemental; de las grandes masas simples; y esto sin énfasis. Tiene el sentimiento de los espacios, de los grandes espacios, un tanto perdidos, que da el mar. Y mi raza es una raza cuya patria —dice la canción legendaria— es el mar. Tiene el ámbito maternal, de una raza que, siendo soñadora para lo viril y creador y aventurero, es maternal, matriarcal, para el sosiego y la estancia. Tiene también el culto del misterio, y ese inclinarse hacia las fuentes de la vida primera, ese panteísmo innato e irrazonado, que en mi raza es el primero y último sentimiento, el



Mayor riqueza

AGROPECUARIA

Significan las realizaciones del Consejo Nacional de Producción:

- ◀ Servicio de Maquinaria Agrícola
- ◀ Caminos de Acceso
- ◀ Fianzas a los Productores
- ◀ Semillas Seleccionadas
- ◀ Compras a precios de soporte
- ◀ Plan Pesquero Nacional
- ◀ Plan Avícola
- ◀ Respaldo a la Ganadería
- ◀ Ayuda Técnica

Consejo Nacional de Producción

suspiro del emigrante alejado de la patria y que anhela sólo morir en ella.

Frente a la escultura de Moore, yo pensé en dólmenes y menhires. Me acordé de lo que dice Vorringer acerca de la cultura megalítica, bajando desde el Norte, a lo largo de la costa occidental de Europa y septentrional de Africa, hasta detenerse en las llanuras arenosas del viejo Egipto, corte de dos culturas. Algo había allí que recordaba aquel antiguo viaje.

Pero, más todavía, me acordé de Mendhelson y su "Gruta de Fingal", del batir de las aguas eternas en las cavernas de la famosa gruta; pude también acordarme de Ossiam, aunque Ossiam fuese un ente imaginario e irreal, apócrifo en su nombre y poemas, pero no en su espíritu. Y de Wagner, con su melodía infinita...

Demasiado romántico, tal vez. Pero grande, no mezquino. Grande y vital. Y sencillo. Cosa auténtica, no imitada.

Las perforaciones, tan gratas a Moore —y que luego se imitaron a mansalva y granel, por quienes no había menester— hablan de esos espacios interiores y cavernosos, y hablan de maternidad, pues son como un claustro moderno, donde la vida puede alentar y abrigarse el misterio. Los perforados, además, multiplican el espacio, dándole una dimensión, hasta cierto punto, infinita: algo que es también anhelante, como una "saudade", como esa "cobiza de lonxe", de que alguna vez he hablado.

EN DIVERSAS OCASIONES, MOORE ha expuesto sus ideas sobre la escultura. El Instituto Británico de Madrid, que en unión de la Dirección General de Bellas Artes ha patrocinado esta magnífica exposición, tuvo el acierto de darnos, impresa en ciclostil, una de las conferencias pronunciadas por el artista. Se ve en ella cómo le preocupa el espacio, y cómo se plantea, con el mayor rigor y claridad, problemas sistemáticos. Moore "piensa" la escultura. Sin embargo, ese pensa-

miento, aunque aparezca sistemático, cuando lo ha menester el problema concreto, no es nunca un pensamiento puramente racionalista. Pues Moore es un gran soñador; aunque jamás deje de ser un hombre agarrado a la tierra, a la materia.

El ama la materia. Lo dice en su conferencia, y lo revela bien claro en la elección escrupulosa de los diferentes materiales, según el tipo diferente de escultura; lo revela también en la "pátina" tan cuidada y característica. Pero lo que sobre todo le atrae es el juego de los espacios rítmicos.

—La escultura —nos dice— ha de estar siempre de acuerdo con el entorno, con el espacio circundante que ordena. Así, pues, no sirve cualquier escultura para cualquier espacio, sino que su forma y disposición dependen de éste.

Sirva de ejemplo el caso siguiente:

—Tenía —dice el artista— que construir una figura para un cierto emplazamiento. El fondo estaba formado por suaves líneas horizontales de los montes lejanos. Me pareció que plantar allí una figura vertical sería introducir un innecesario dramatismo. Así que puse una figura reclinada.

Yo no recuerdo exactamente las palabras de MOORE (pues cito de memoria), pero, más o menos, el pensamiento es éste. Nos da idea de su sentido de la responsabilidad. No hace las cosas a bulto.

Sin embargo, Moore no es que se queje, pero parece como si lamentase la prisa de la época. No permite esta época el sosiego y la reflexión que a veces harían falta para hacer un proyecto, para desaharlo, y luego otro, tal vez otro, hasta que la idea cristaliza fiel. Mas, a veces, la prisa, por ejemplo, la prisa del arquitecto que mete prisa al escultor; la prisa del empresario que mete prisa de los tiempos, en fin, que a todos empujan y apresuran; no dejan hacer el tercer proyecto, ni a lo mejor el segundo, y hay que tirar p' delante, y entregar la obra como sea. Por eso, Moore nos advierte que algunas de sus esculturas más famosas, a él le habría gustado pensarlas más despacio, pero no pudo ser.

—Yo sé —viene a decir— que mi escultura no es definitiva; en el sentido de que es sólo un comienzo. Y, los que vengan tras de mí, podrán dar pasos progresivos. Pero es, en cualquier caso, un camino; un camino fecundo para las generaciones que vengan, del cual no se podrá hacer caso omiso.

Creo que es cierto lo que Moore dice. Picasso dijo algo parecido. Sabía él que era un "pionero", y que las generaciones subsiguientes acuñarían más vigorosamente que él mismo las ideas que él engendró. Pero eso pasa con todos los grandes creadores: en la escultura o en la física o en la filosofía; todos quedan desbordados, en cierto sentido, por quienes los continúan. Pero también es cierto que, en los grandes creadores, hay

siempre como un eterno renacer, como una semilla perpetua que viene de su inocencia y de su hondo contacto con las fuentes primitivas; y eso es una fuente inagotable de enseñanza. Parménides o Demócrito, que parecieron superados por la dialéctica griega, recuperan, a los dos mil años, su sabor primero y aquella fuerza y virtualidad que anida en todo lo que es intuído en pristina intuición, y siguen sirviendo a la filosofía moderna; si bien bajo supuestos diferentes, determinados por el progreso de la multiplicada experiencia secular, posterior a ellos.

EN UN GENIO AUTÉNTICO hay siempre algo que aprender. Así, en Moore. No importa que las ideas cambien algo, que los estilos y maneras evolucionen. Allá en lo profundo, intacto, permanece lo germinal, el ensueño del espíritu originario que busca, más aún que adueñarse, fundirse con las fuentes de la vida, ansiando en ella la libertad del alma y su propio ser: ese ser que no está en ninguna criatura concreta, como ser integral, pues toda criatura es imperfecta; ni tampoco en ningún cosmos, es decir, que no está en ninguna pura subjetividad ni en ninguna pura objetividad; que, como tales, no existen, sino que está en el anhelo mismo de la vida, encrucijada donde lo subjetivo y lo objetivo se encuentran, para producir un orden, cada vez más complejo y diferenciado, y, a la par, más simple y profundo.

Ese orden es el que busca la ciencia, y el que busca la poesía y el que busca el arte, y el que, en una palabra, constituye el apetito y la oscura guía de todos los grandes creadores, de un tiempo y de otro tiempo.

(Tomado de "Índice")

CENTROAMERICANA

Una revista cultural, independiente, dedicada a los cinco países de Centroamérica y Panamá, cuyo único objeto es fomentar una mayor confraternidad entre ellos mismos, procurando a la vez que sean mejor conocidos en las demás naciones del Continente.

CARMEN SEQUEIRA

Directora-Editora

Ciudad de México 34



40° Sobre Cero

Por Yolanda Oreamuno

(En Panamá)

La inspiración (yo la llamo deseo de escribir, es una situación de adentro para afuera, que le viene a uno por una necesidad de exteriorizarse, ¿o es una situación impuesta por el paisaje, un proceso del ambiente?

Hay ciertas cosas tan forzosamente evocadoras, que tocan tan quedito en el interior de uno, con tanta discreción! He pensado si estas cosas tan maravillosamente delicadas y lindas son capaces de sacar afuera por un brusco empujón, el espíritu que se siente dormido, atontado en este calor tan aplanador. Es como una mano sudosa encima de la boca, se la quiere uno quitar, está tan horrorosamente tibia!, se la debe quitar, se siente tan asquerosa, tan sucia, tan pulposa la mano del calor encima de uno. Pero queda esa humedad tibia, ese sentimiento de miel encima de la piel que da la sal del mar. Es como un sello, como un lacre encima de las cosas, de los techos, de la gente. Todos se vuelven caracoles en esta atmósfera pesada, indecente. Cada uno camina con su casa a la espalda, la casa de su encerramiento interior, de su pereza de comunicarse, de su lentitud. Las piernas quisieran moverse más a prisa. Mis piernas tan acostumbradas al ejercicio, exigen movimiento, pero esta tibieza en las rodillas, este sentirse uno acostado constantemente.

Acostado en una cosa caliente.

Esta Calle Central da una impresión de movimiento, pero de movimiento descendiente, de cositas pegadas a la tierra. La gente aceitosa no asciende en febrilidad de acción, se arrastra sobre la calle. Los carros parecen más planos, más achatados. La tierra caliente chupa, chupa la vitalidad, disuelve la gente en un líquido espeso, es eso de estar untados unos con otros, mojados todos en este líquido tibio a las doce del día. Por eso la panameña se viste de colorines. Hay la necesidad de borrar con una barrera de color, esta igualdad de pieles, igualdad de suciedades. El blanco quiere parecer tan limpio, el rojo se ve tanto, el morado cuesta más caro. Hay que poner colorido en esto. Da la impresión de una gelatina de frutas, de esas gelatinas que hacen en las casas de familia los días domingo, un montón de colores molidos por el aglutinamiento de esa masa uniforme en movimiento, no moviéndose ni un centímetro independiente, movimiento incierto, cada pedacito de gelatina quiere ser uno, pero está pegado, pegado con el otro y se mueven en un constante deseo de independencia que aborta en un temblor.

Y los negros son los únicos que no naufragan en este mar de chocolate. Su piel tiene ya el colorido, se pone tan brillante y tan bonita! Parecen muebles nuevecitos acabados de charolar, goteando sudor por todos los poros. En un clima frío, un negro es un pedir misericordia andando por la calle. En este calor son la jus-

tificación. Aquí hace calor para que ellos se vean bonitos, sedosos, aterciopelados.

La carreta bosteza sobre el polvo y parece un puente de goma entre dos azules, el azul del mar y el azul del cielo. Se me hace un tanto larga. Es aquello del camino desconocido, duro, ingrato. Quisiera poner atención a lo que hay a los lados, pero no puedo. Tendría que volver a ver, tendría que hacer un juego de músculos, tendría que esperar el golpe del viento que me despeine por otro lado. Casi no tengo voluntad de pensar toda la cantidad de cosas imperceptibles que hay que hacer para volver la cabeza. Seguramente no estoy muy cómoda, pero estoy quieta.

Y como no puedo moverme prefiero adivinar lo que pasa por los lados. Con un poco de bizquear los ojos y un más de imaginación puedo darme cuenta. Es una masa verde que se mueve. ¿Se mueve? Resbala suavemente manteniendo un calderón de inercia en el centro y cambiando lentamente de perfiles. Es como una cinta mal cortada. Son las siluetas de los árboles que la velocidad del automóvil une las unas con las otras, parece que se estiran, que se encogen, que se retuercen. Pero no se cortan, ya casi creo que se va a terminar esta pantalla verde; que de repente, algo, una construcción, una bifurcación del camino, la clemencia de alguna persona me ha de librar de esta visión serpentina y necia que ya no sé si veo, si siento o si la llevo pegada a la retina.

No es la cinta misma la que ha hecho variar mi paisaje, es la velocidad del automóvil que disminuye y la serpiente, es ya un árbol, dos árboles, una huerta, una roca, hasta debe de ser aquel un mango. El magnetismo de la visión disminuye sobre mí, creo que he vuelto la cabeza.

Ahora paramos. O mejor dicho ante nosotros se ha parado una magnífica construcción en pedazos. Se me ha plantado enfrente con exigencias; como la proximidad no me deja verla toda, me obliga a bajar. Es toda grande, digna, señorial, esta torre de iglesia. Las piedras guindando una de otras, subiéndose la grande por la espalda de la chiquita, jadeante trepan hasta arriba. Hasta alcanzar el árbol que crece para alcanzar la torre. O hasta la torre que se yergue y se mantiene por no dejarse dominar del árbol. No sabríamos cuántos metros de alto tiene ni me importa, lo que me interesa es que se ve magníficamente linda e inquietante. Da un espantoso miedo de que se caiga, vive en una sensación de peligro que pone el alma en equilibrios de admiración.

No puedo resistir la tentación de entrar. Quiero sentir la frescura, la tranquilidad de estas piedras y probar su poder de evocación. Ya casi le iba a abrir la esclusa a mi imaginación y ya iba a soñar abadesas y monjes y novicias cuando he pensado que todo esto exigiría pensar este convento con todas las paredes que le faltan. Allí donde hay un cortinaje y allá donde el árbol aquel se ha metido en la piedra como un cáncer y entrefejido sus raíces como un encaje, no tendría que existir nada, sólo cuadros y confesionarios y tal vez un altar dorado con acurrucados monaguillos, para que yo pudiera colocar abadesas, monjes y novicias. Porque las torneras no podrían vivir donde no hubiera puertas cerradas y los sacerdotes no tendrían razón de ser sin un altar. He preferido por eso dejar todo como está. Nunca esta torre pintada, nueva, fresquecita podría ser tan linda como ahora, rota, sucia, deshilachada. Ninguna novicia

El Taller de Don Florentino

Fragmento de un capítulo del libro "Hombres y Máquinas", próximo a aparecer.

Por Jorge Cardona

Recuerdo la figura del hombrequito con afinado sentimiento de cariño. Se llamaba don Florentino Blanco, y era de baja estatura, bigote cano y calvicie siempre al aire. Mantuvo y amparó el hogar con su ejemplo como luchador incansable, y ostentó el orgullo de ver a uno de sus hijos hecho un oculista.

Todavía me parece mirarlo frente a la hoguera encendida en el centro del patio, casi un corral, con gallina ponedora y bueyes sucios, ingeniándose la manera de mantener un círculo de carbones encendidos y dilatar en ellos los aros para las ruedas de las carretas, siempre acompañándose de agridulces villancicos que lo llenaban de gozo.

El taller, con sombra de tejadas y piso de tierra, poseía un torno de mesa larga, recio y antiguo, con grande acopio de muñones que colocaba a la hora de cortar la rosca para ejes y tuercas. Podía verse el taladro indispensable, con su plato giratorio señalado de apabullamientos de broca; un cepillo mecánico, y la fragua a todas horas fiestera, pues a ella acudían las sirvientas de la época que tan bellamente describiera nuestro escritor costumbrista **Magón** (Manuel

González Zeledón), todas ellas regateando el precio del remiendo para sus vasijas y ollas viejas, y por cuyo trabajo nunca se cobraba menos de seis o doce reales (¢ 0.75 y ¢ 1.50).

La fragua —que funcionó durante muchísimo tiempo— estaba situada junto a una roída pared de adobes, cuya argamasa tenía siempre hebritas de paja; remataban la pared gruesas viguetas, por cuyos intersticios se colaban la luz y el viento. Estaba la solera cubierta de polvo y telarañas, visiblemente carcomida, bien por los estragos del tiempo o por el comején, y por ahí, anunciándose con el sor-

tilegio de sus trinos, entraba el soterré, pajarillo mal vestido, color canela, raro ya y muy limpiador de bichitos que recogía con su pico un tanto desmedido.

Nada se ha perdido a mi recuerdo del arcaico taller, con su fuelle reclavado de cabecitas de bronce, pértigas para tenazas, chaquetas y sombreros, barril carbonero y pequeña fundición de donde salían bujes para carretas, muñoneras, y cada muerte de obispo, una campana de bronce para la ermita lejana o la hacienda cafetalera.

La fuerza motriz provenía de una caldera vertical alimentada con leña, pues ni

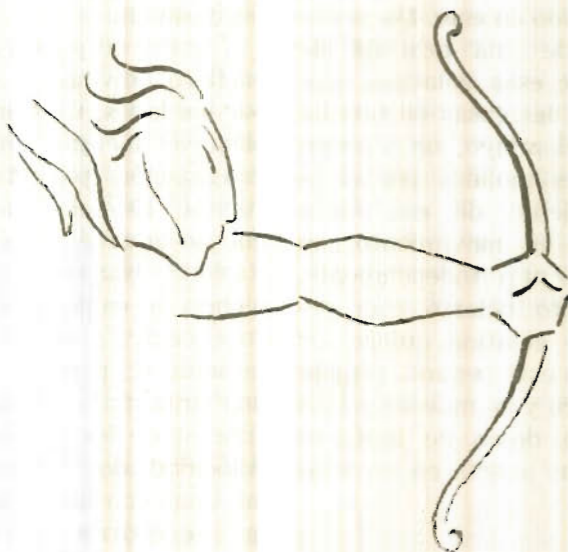
pensar en la corriente eléctrica, cuya instalación hubiera traído problemas generales. Pero la fama de los trabajos de don Florentino —gnomo de espejuelos y matemático de átaco— recorrió toda la Meseta Central. No hubo campesino, dueño de trapiche o carreta, "caites" y eslabón de pedernal en vez de cerillas, que no lo visitara en demanda de repuestos. Su obra maestra eran los ejes de las carretas. Al buje, pieza cilíndrica que guarnece el cubo de las ruedas, le decían "bocina", que el dueño prendía con algo de juego.

Por eso, cuando veinte o más carretas desfilaban por los caminos antiguos y chocaban contra las piedras, producían un ruido de matraca imposible de olvidarse, y cuya poesía rural cultivaban inconscientemente mecánicos y carreteros. Ellos no pensaban en el martirio de los bueyes uncidos a los yugos de **guapino!** (madera obtenida del frondoso árbol de su nombre, de largo vivir). Los yugos estaban decorados como las ruedas, y lo más notable es que cada vehículo ostentaba un dibujo diferente, en la millonada de arabescos que formaban todos.

¡Qué distintas las carretas de los otros países centroamericanos! Las de El Salvador, por ejemplo, son grandotas, feas, mal aparejadas y con varejones en vez de parales, y no pueden compararse con las "ticas", que da gusto verlas de tan pulidas y barnizadas.

Aquellas no cantan, son signo y llanto de pobreza que no acaba porque está mantenida por la dictadura, o el avión bombardero con **Week-end en Guatemala** (1).

(1) Obra del novelista guatemalteco Miguel Ángel Asturias.



pálida podrá ser tan linda como ese trozo de mar que se dibuja entre esa grieta, ni ningún órgano podrá tocar nunca tan lindo como las olas en esta tarde entre las rocas.

He sentido una sensación de triunfo en la garganta, no sé

por qué localizaré la sensación de triunfo en la garganta, pero allí es donde la he sentido. El triunfo del paisaje sobre la imaginación. Es mejor, más pura la realidad como yo la veo que como la puede pervertir mi cerebro. Siempre hay algo de enfermizo en des-

virtuar la realidad. Por qué he de querer mi belleza, la que yo creo, sobre esta belleza que me impone esta torre, esta torre que si puede ser una señora con enagua de crinolina y zapatos de raso, es mejor una simple torre en pedazos, contra un mar azul y que se sos-

tiene con el báculo de un árbol tan viejo como ella, pero tan verde y lindo como el gris rosado de la piedra. Es indudablemente muy sutil esta armonía de colorido, verde, azul, violeta, rosado.

(*"Repertorio Americano"*, 1937).

José Marín Cañas en la Academia de la Lengua

Por Abelardo Bonilla

La recepción de José Marín Cañas en la Academia de la Lengua es un acto que trasciende la personalidad del escritor y que, analizado desde diversos puntos de apreciación, va más allá del sentido familiar y aldeano que toman las cosas, o que les damos a las cosas, en nuestro modo de ser. Precisamente porque excede lo personal, elimino el punto de vista más corriente y traído a cuenta en estos casos, y porque, además es innecesaria e ingenua toda referencia a los méritos de Marín Cañas y a la excelencia de sus obras. Tiempo hubo de hacerlo y lo hice en su oportunidad, como lo hicieron tantos otros de aquí y de afuera, sobre todo de fuera, cuando aparecieron las obras cimeras de este autor: *El Infierno Verde* y *Pedro Arnáez*.

Y a riesgo de suprimir demasiados ángulos de comentario posibles, salvo o elimino también, claro está el campo de la noticia, es decir, el de la repercusión que el acto pueda tener en el interés del público. Las letras son entre nosotros algo menos que tercerilla. Lo sé porque no en vano fui periodista durante algo más de un cuarto de siglo. Nunca olvidaré que, siéndolo y justamente en compañía de Marín Cañas, que entonces dirigía "La Hora", fui hace ya muchos años al viejo aeropuerto de Santa Ana. Ibamos a conectar y, de ser posible, a entrevistar al gran poeta español Rafael Alberti, que pasaba en un avión de la Panamerican y a quien el Gobierno había prohibido la entrada a Costa Ri-

ca. Nos entusiasmó y nos hizo sentir optimismo la gruesa multitud, de mujeres principalmente, que se congregó en el pobre y destaralado aeropuerto. El secreto no estaba en Alberti como supimos, sino en que, casualmente, en el mismo avión viajaba Clark Gable. Por cierto que días después, al preguntarle al Presidente don Ricardo Jiménez la razón de haberle prohibido la entrada a Alberti, nos dijo que la única noticia que de él tenía era que se trataba de un comunista.

El primer tema que me interesa es el de la Academia, no como punto de apreciación académico, sino enfocando el nuevo espíritu de la vieja y venerable institución, tan denostada como acatada. Conviendría dilucidar las razones por las cuales se acusa de reaccionaria y conservadora a la Academia, especialmente por aquellos que suelen expresarse con un máximo de cien palabras, cuando al mismo tiempo se prevé, como un peligro grave y poco menos que inevitable, la disolución del castellano en tantas lenguas menores e imperfectas como pueblos lo hablan. La Academia rompió con la tradición, en que todavía la suponen quienes no la conocen, cuando eligió a don Pío Baroja; en nuestros días no solamente no es conservadora sino que mantiene las ventanas abiertas a la juventud y al espíritu revolucionario. Si la Española lo ha demostrado al elegir a Camilo José Cela, nuestra correspondiente le ha seguido al añadir a sus miembros el nombre de

José Marín Cañas. Creo que es necesario y valiosísimo el trabajo filológico que cumplen en la Academia Arturo Agüero y Hernán Zamora, entre otros, pero en ésta como en todas las instituciones son también indispensables el espíritu y el entusiasmo, que no siempre proceden del estudio y que muchas veces, las más sin duda, obedecen a una concepción dinámica de la vida, como la que caracteriza al nuevo académico.

Es valioso y fértil también el enfoque que puede hacerse desde el ángulo de las letras nacionales, considerado el acto como un estímulo, que no es ciertamente ocasional y que, por el contrario, quizá sea tardío. El valor íntimo y esencial de Marín Cañas y el de su obra no varían por haber pasado él a integrar la Academia. Pero es indudable que se han dignificado nuestras letras, no con un premio material sino con la impronta, valga la palabra, de lo abstracto e inmaterial, que son jure de heredad de las grandes retribuciones históricas e institucionales.

Por lo menos —y es este el ángulo de apreciación que más me interesa— la Academia, que es ya una organización internacional de la lengua, es hoy el único medio de unir nuestras letras a las de todos los demás países de habla española, en un primer paso hacia lo que Unamuno llamó alguna vez un lenguaje imperial hispanoamericano. El lunes último leí en "La Nación" un artículo, muy bien pensado y

escrito, de Mario Alberto Jiménez, a propósito del libro *Lengua y Literatura* del Dr. Aguado-Andreit. En él se insiste en el peligro de resquebrajarse que corre, desde hace algunos años, la comunidad lingüística hispanoamericana, por la influencia creciente del inglés, por la falta de relaciones entre sus pueblos y, sobre todo, porque no es una comunidad espiritual. Mucho hay de exagerado, pero algo hay de cierto, en el artículo del señor Jiménez y bien haya la exageración por el noble espíritu que la anima, que es el mismo que hoy inspira a la Academia. El viejo lema "Limpia, fija y da esplendor" ha sido superado, totalmente superado. Ya no se trata simplemente de trabajar objetivamente en el perfeccionamiento formal y bizantino de la lengua, sino de que la lengua sea motivo y norma de una gran comunidad espiritual.

Y puesto que hablamos de comunidad espiritual en esta semana de la Raza y de la Hispanidad, bien cabría otro enfoque de este acto de la Academia. Si dispusiéramos del tiempo, del espacio y del optimismo necesarios, esbozaríamos un tema o proyecto más concreto que el de esas dos concepciones algo irreales; un plan que dejamos caer aquí, silenciosamente, por respeto a su formidable base de realidad: olvidar esos nombres e instituir, como la fiesta más propia y elocuente del 12 de Octubre, el Día de la Lengua Hispanoamericana.



Canciones al Amor Ido

ALFONSO ULLOA ZAMORA

1

Amada,
ahora que regresas
al lugar donde nunca
—a pesar de tan nuestro—
pudimos encontrarnos,
me quedo con tu nombre
sobre esta piedra antigua,
que aguardó muchos siglos
para ver nuestro sueño.
Me quedo con tu ausencia,
de gacela, en mis brazos,
recordando cómo era
tu boca tibia cerca.
El roce de tu pelo,
y el estremecimiento
de toda tú, en la magia
de las noches aquellas.

2

Pensarte es emerger
como a un ámbito ileso.
Es arribar, por magia,
al clima donde habitas
—presa de lo infinito—
ceñida y coronada
por tu propia hermosura.
No hay realidad ni sueño
posibles a mi alma,
sino alientan o vibran
en la radiante estela
que tú dejaste al irte,
para que yo pudiera
—penetrando en sus luces—
encontrarte hondamente
igual o más que cerca.

3

¡Tú, y tu risa!
No te importaba nada.
Te burlabas del sol,
del instante y la fruta.
¡Qué podían importarte!
si el universo era
—en su comba infinita—
un urgido deseo
de gozar con tu gozo.
De tener tu alegría,
para vestir con ella
a sus árboles, nubes,
a sus mares y astros.
¡Qué podían importarte!
si bien sabías que todo,
por la música blanca
que te nacía en los labios,
dejaba de ser sombra.

4

Pensar que pueda
vivir un mundo
que no seas
que no inventes
para los dos,
bajo luces distintas
a las tuyas,
y amar el mar
con tus ojazos lejos,
es engañarme en ser,
no siendo nada.
Es presumir que todo
lo que me asiste
es realidad,
cuando tan sólo
es eco de lo que tú,
con tu modo y sonrisa,
me dejaste,
para que yo pudiera
seguir así, viviendo,
aferrado a una gloria
que nada más fue ayer,
cuando igual a una flor,
o como luna casi,
te descubrí tan mía,
entre mis brazos.

5

Era tanta tu luz,
me ceñía de tal modo
tu musical aroma,
que yo no te veía.
Tendrían que ser las manos
invisibles del aire,
y las lentas cuchillas
de la ausencia y del tiempo,
las que abriendo mis ojos
a tu milagro suave,
me dieran la certeza
palpitante y muy tibia,
de haber tenido toda,
una vez, en mis brazos,
tu levedad de estrella.

6

Creyendo irte
llenabas el instante
de un apenado azul,
de final y silencio.
Nada contigo quiso ir.
Quedaron, cual siempre lunas
en mi propio cielo,
hechas nostalgia en mi,
pero tan gozo,
la graciosa esbeltez

de tu figura,
y el ágil modo
de aroma y luz
que tienes.
A pesar de haberte ido
no te creas distante,
estás conmigo ahora
más que siempre y entonces.
No llores por ausencia,
no te sientas lejana.

7

He quebrado esta noche
las columnas del sueño,
al no encontrar mi voz,
tu voz a la distancia.
¿Qué latitud tan otra
a la nuestra, ahora vives?
¿Qué cielo diferente
te vela a mi reclamo?
Amada, siempre amada,
devuélvete en el tiempo.
Deja de ser ausencia,
lejanía y distancia.
No existas más en ese
ámbito que te oprime.
Regresa. Vuelve a ser
solamente en mi alma.

8

Si pudiera
remontarme en las horas
del tiempo de tu ausencia
hasta aquel antes nuestro.
Si alcanzara lo leve
de una brizna
de ese entonces de sueño,
no faltarían a mi alma
ni a estos lares, poesía,
esa tuya. La que eres
hondamente y derramas
sin quererlo, viviendo
tan así milagrosa,
al sólo abrir los ojos,
o al entregar al aire
el canto de tu risa.

9

Tal vez seas lejanía,
pero solamente eso.
Mas como tú contemplas,
tan altos y tan fríos,
los caminos del aire.
Tan permanente y viva
la extensa piel del mar,
te asustas, dudas, sientes
que se resbala el mundo,
equivocas los nombres,
y ya te crees ausencia.
Vuelve a ti,
a la canción temprana
de hermosura que eres.
Libérate, regresa
a tu verdad más honda.

Verás cómo despiertas
dondo siempre has estado
sensitiva y dormida,
en el centro de mi alma.
Tal vez seas lejanía.
Ausencia no. No alcanza
serlo nunca una estrella.

10

Si pudieras oír
el canto de los aires,
en este hondo paisaje
que antes, no mío,
sino tan de los dos
muy pleno era,
Y si mis ojos,
por magia, derrotando
esa distancia tuya,
lograran verte toda
de nuevo en él,
como se mira,
sobre el espejo oscuro
de la noche,
el fuego de una estrella.
Sería el universo,
desde la piedra al eter,
otra vez el milagro
que percibía infinito,
cuando todo alentaba
sólo por tu sonrisa.

LA POESIA ETERNA

Violetas

Por LUIS CERNUDA

Leves, mojadas, melodiosas,
Su oscura luz morada insinuándose
Tal perla vegetal tras verdes valvas,
Son un grito de marzo, un sortilegio
De alas nacientes por el aire tibio.

Frágiles, fieles, sonríen quedamente
Con muda incitación, tal la sonrisa
Que brota desde un fresco labio humano.
Mas su forma graciosa nunca engaña:
Nada prometen que después traicionen.

Al marchar victoriosas a la muerte
Sostienen un momento, ellas tan frágiles,
El tiempo entre sus pétalos. Así su instante alcanza

Norma para lo efímero que es bello,
A ser vivo embeleso en la memoria.



El Conquistador Conquistado

SUPERVIVENCIAS DE LO INDIGENA EN NUESTRO TIEMPO

Por Carlos Meléndez Ch.

Con mucha frecuencia escuchamos la afirmación indiscutida de que el costarricense tiene una elevadísima influencia heredada de lo hispánico y casi nada, o nada, recibido de lo indígena. En otras palabras, son muchos los que creen que somos el fruto directo de la gran corriente cultural europea y que de lo indígena poca cosa heredamos, aparte de defectos y supersticiones que sobreviven todavía sobre todo en algunas zonas rurales.

Es cierto que en Costa Rica se manifestó con menor intensidad que en otros países americanos, el problema del indígena y de lo indígena y que por consiguiente la influencia de esa cultura en nuestro suelo ha sido menor que en otras partes. En todo caso han sobrevivido y sobreviven muchos de sus rasgos propios, aunque a veces no los veamos o no nos decidamos a aceptarlos.

En estas breves líneas pretendemos dejar señalados algunos ejemplos de la supervivencia de lo indígena en nuestro tiempo. Al hacerlo prescindimos totalmente de incluir a los distintos grupos indígenas actuales, que son el mejor testimonio de que no estamos demasiado distantes de su contacto en el tiempo. Mantienen ellos todavía mucho de su cultura ancestral, aunque para el observador superficial los detalles pasen desapercibidos.

Desde el punto de vista étnico, el costarricense tiene más sangre indígena de lo que comúnmente cree. El español

mezcló fácilmente su sangre con la indígena, reconociendo inclusive la nobleza autóctona. El indio, particularmente en la Meseta Central, no encontró aquí insalvables barreras socio-económicas como las que se mantienen vigentes hasta en nuestros días en otras partes y por esta misma razón pudo fácilmente asimilarse a los demás grupos sociales, hasta llegar a olvidar elementos fundamentales de su propia cultura, tales como el idioma y la religión. La lengua huetar se olvidó ya en el siglo XVII y aunque discriminaciones sociales como los términos indio, ladino y mestizo estuvieron vigentes durante el régimen colonial y todavía a comienzos del siglo XIX en los libros de bautizos que se llevaban en las antiguas reducciones indígenas, se solía anotar en libro aparte al indio y al no indio, ya todo eso ha desaparecido.

Estos hechos, producto más que nada de la limitación social y económica de Costa Rica durante siglos, que no permitió hondas diferenciaciones, deri-

van también de sabias disposiciones de nuestra primera época republicana, que abolió el estado de aislamiento de estos pueblos, imperante durante la colonia, y permitió el contacto y la mezcla con los demás habitantes del país.

En nuestra tierra, como en las demás del imperio colonial, el español tuvo que adaptarse a las condiciones del nuevo medio, para poder triunfar en su empeño. El español, al someterse a esos imperativos ambientales y económicos del nuevo medio, tuvo que hacer suyos muchos de los elementos fundamentales de la cultura indígena.

Para sentar sus reales en nuestra tierra, tuvo en primer término que hacer suyos los alimentos del indígena, pues de lo contrario habría desfallecido de hambre. Las viviendas de las primeras poblaciones españolas de nuestro país, fueron construidas con materiales y siguiendo técnicas iguales a las tradicionales de la vivienda indígena. De allí que las primeras "ciudades"

españolas difirieron poco en aspecto, de las rancherías indígenas preexistentes.

En su dieta diaria el campesino costarricense, al igual que en muchos otros países americanos, tienen incorporados el maíz y los frijoles. Ambos alimentos eran básicos en la dieta indígena y fueron asimilados rápidamente por el peninsular. La forma de disco, característica de la tortilla, es típica de los pueblos precolombinos que se extendieron desde México hasta Costa Rica; el tamal era ya conocido por los indios y se conocían varias clases; el pinol era usado lo mismo que muchos otros derivados del maíz. Es necesario además señalar que aunque en Europa se conocían algunas especies de frijoles, éstos no tenían la importancia dietética que sí le daban los indígenas americanos. El frijol, con su gran riqueza proteínica, contrastaba con la relativa pobreza del maíz.

Muchos otros frutos que se cultivaban en la época indígena en esta y otras partes del continente americano, han alcanzado importancia universal y otros son bocados codiciados por los indígenas y no indígenas de Costa Rica en la actualidad: cacao, tomate, ayote, chayote, yuca, papa, aguacate, zapote, papaya, piña, anona, pejibaye, jocote, guayaba, para citar sólo unos cuantos nombres de la copiosa lista que podría levantarse. No es posible tampoco olvidar el uso del tabaco, planta americana por excelencia y su vasta distribución actual en el mundo.

Muchos toponimios indígenas se conservan en la actualidad, aunque desgraciadamente han sido más los que se han olvidado o sustituido para incorporar repetidos nombres de santos. Los nombres indígenas son sonoros y originales: Curridabat, Aserri, Barba, Cot, Quircot, Ujarrás, Orosí, Nicoya, Orotina, Chomes, Upala, Tonjive, Sipurio, Amubre, Suretka, Cabagra, Boruca, para dar apenas una pequeña muestra.

Muchos nombres de plantas, frutos, árboles, derivan sobre todo de la lengua mexi-



cana y así necesariamente han conservado su nomenclatura desde que los españoles se radicaron en Nicaragua en 1524 y aprendieron de los indígenas las palabras que luego siguieron usando al venir a Costa Rica. Cuauh significa árbol en lengua mexicana; de allí la frecuencia de la palabra gua: chipelín, guarumo, guayaba, guanábana, etc.

Terreno más inseguro para buscar supervivencias de los indígenas es el relativo a las concepciones cosmológicas y sicosociales, no sólo menos conocidas sino difíciles de pesquisar.

El folklóre nos deja translucir algo de la concepción mágica del mundo indígena y en él hallamos rica veta. Las leyendas que se relacionan con cerros, aguas, cavernas, rocas, lagunas, volcanes, etc., son en su mayor parte indígenas. En dichos lugares residían seres sobrenaturales, serpientes o brujas dotados de cierto encantamiento. De allí la cos-

tumbre de rendir culto a dichos lugares y el origen de la práctica posterior de los sacerdotes cristianos de bendecir o decir misa en la cima, que venía a constituir una especie de sincretismo religioso, que el misionero español ignoraba o pretendía ignorar.

Indígenas son también la leyenda de la zegua (sigua: mujer); la de la llorona que recorre los ríos clamando por su hijo, al que mató. Es posible además que la leyenda del cadejos esté vinculada también al patrimonio indígena.

Muchas de las adivinanzas y otras formas de la literatura popular muestran estrechas conexiones con lo indígena, si comparamos dichas manifestaciones con la obra de Saha-gún, por ejemplo.

En la brevedad de este artículo no es posible dejar señaladas todas y cada una de las supervivencias que se notan en lo indígena. Es muy posible que el fuerte apego de

los pueblos a ciertas ceremonias religiosas cristianas encierren vínculos con el ceremonial indígena; la embriaguez en las fiestas populares tiene mucho contacto con alguna ceremonia que nos describe Fernández de Oviedo; las prácticas, como las creencias sobre los "angelitos", lo mismo que ciertos festines funerarios y la ya desaparecida costumbre de las "plañideras", no sólo tienen raíces hispánicas, sino acentuados rasgos de lo indígena. Hasta en las creencias sobre el cordón umbilical, de enterrarlo o tirarlo al mar, las tres piedras del tinamaste o el número de semillas

que el agricultor echa en un hoyo, tienen alcances mayores de lo que comúnmente se sospecha y los vincula estrechamente a la cosmovisión indígena. Pueden también ser producto de un curioso paralelismo psicológico de los pueblos, vigente tanto en la mentalidad española como en la indígena.

Nos hemos extendido más de lo pensado en tratar este tema. Pienso en lo que nos dice Séjourné: "Nada más tentador siempre, que esas puertas abiertas sobre un pasado, en cuyo camino se tiene la ilusión de descubrir la semilla de todo lo humano".



Crédito para Viajar



MIAMI

₡ 96.40

ida y vuelta.

el resto en 18 cómodas mensualidades.

LACSA

Teléfono 7315

El Diablo en el Cielo

CAPITULO SEGUNDO

Por Eduardo Calsamiglia

DE LA TERRIBLE FILIPICA QUE SAN ANTONIO LE ENDILGO A SAN PEDRO

Se hizo la convocatoria del Eterno, y, en su acato, llegaron al poco rato los próceres de la Gloria. Los santos de más historia fueron entrando primero: San José, patrono austero del trabajo y la pobreza, figuraba a la cabeza de aquel séquito severo.

En pos del manso José llegaron Enoch y Elías, con cabelleras bravías y túnicas de moarés. Luego Tomás, cuya fe no se quiso conformar sin antes ver y tocar, dando con eso una prueba de que la fe es una ciega muy amiga de mirar.

Con lentitud estudiada entró el Bautista, imponente, llevando sobre una fuente su cabeza ensangrentada; cuya lengua, atravesada desde lo delgado a lo ancho, por un acerado gancho y doscientos alfileres, les demuestra a las mujeres que al buen callar llaman

[Sancho.

Así, en grupos bullidores, los santos comparecieron; y confundidos vinieron pontífices, confesores, mártires, predicadores, apóstoles y ermitaños, de diferentes tamaños, y de fachas diferentes, unos de tipos corrientes, y otros de tipos extraños.

La sala capitular donde el Consejo solía celebrar reunión, tenía forma semi-circular; frente al Trono Secular, se alzaba una triple hilera de curules de madera, y en cada una el monograma de algún profeta de fama, o de un santo de alta esfera.

Cada cual tras reverente y grave genuflexión, buscaba en el gran salón su curul correspondiente. Cuando todos, lentamente, ocuparon sus sillones, y previas las oraciones de un ceremonial prolijo, tocó el timbre Dios y dijo: —Abrense las discusiones.

—Pido la palabra; inquieto gritó el vivaz San Antonio, (aquel a quien el Demonio puso en un terrible aprieto). —La tienes; mas sé discreto— el Señor le contestó, Antonio se levantó arrebuñado en su manto, y ante el Capítulo Santo de este modo argumentó:

—Como no persigo el medro, ni busco notoriedad, cuando digo la verdad, ni vacilo ni me arredro; sé que hoy se expresó San

[Pedro
contra la humana ralea; no lo oí expresar su idea porque no estaba presente; pero conozco a mi gente y sé de qué pie cojea. El odia al género humano con el odio más profundo,

olvidando que en el mundo cada cual es nuestro hermano. Tiene el látigo en la mano para flagelar doblesces, persigue al hombre con creces por su ingratitud impía, y no recuerda que un día, él negó a Cristo tres veces.

Se enoja cuando una oveja peca, y al infierno baja, porque él se tiene la paja escondida tras la oreja. ¿A qué viene tanta queja San Pedro? No nos embrome y mejor camino tome para practicar el bien que "el que se pica ajos

[come".

En esto iba el implacable y sarcástico orador, cuando le tocó el Señor un timbrado formidable, diciendo:

—No es tolerable que tú, tribuno de brillo, hieras a un viejo sencillo, que además de viejo es santo. Contemple el acerbo llanto que derrama el pobrecillo.

—Ya lo noto, y no me [extraña— dijo Antonio— su aflicción; siempre ha sido muy llorón, mas llora de pura maña; su llanto a ninguno daña; pero a ninguno commueve por lo fácil y lo breve. Un santo altivo y valiente, cuando en las pupilas siente las lágrimas, se las bebe.

Pero estoy lejos del tema

que pienso esclarecer hoy, con Vuestro permiso, voy a despejar un problema. La claridad es mi lema, y por lo tanto, repito, que hablaré claro, ¡clarito! sin subterfugios ni pegas, aunque mis santos colegas al oírme alcen el grito.

Aquí, con diversos nombres, todos los que nos reunimos, somos santos; pero fuimos antes de ser santos, hombres. (Sí, San Pedro, no te

[asombres).

Y hace tiempo, allá en la vida, sufrimos la sacudida, concupiscente y malvada, a que estaba condenada nuestra carne maldecida; mas, señores, sin jactancia; no hay ninguno por aquí que pueda igualarse a mí en fortaleza y constancia. Lucifer, con arrogancia tan sólo digna de él mismo abrió a mis pies tal abismo de espantosas tentaciones, que me tuvo a dos renglones del satiriaco erotismo! Por orden del diablo artista, mil mujeres seductoras cruzaban a todas horas ante mi asombrada vista. Era aquella una revista de cuerpos alabastrinos, donde, en locos torbellinos, danzaban mujeres varias de miradas incendiarias y de labios purpurinos.

Jóvenes bacantes griegas, de provocativos talles, quisieron... No entro en

[detalles
por respeto a mis colegas. De pruebas cual esas pruebas, no tiene ejemplos la Historia, y aunque dominé con gloria mis tentaciones, señores, sólo yo sé los sudores que me costó tal victoria.

Si tanto un predestinado luchó por vencer el mal, no es extraño que un mortal delinea y caiga en pecado. El Señor los ha formado de lodo y materia impura, en ellos el mal perdura

San José en 1877

Por un lector de "Brecha"

Visitemos, en viaje imaginario, nuestra capital de hace 75 años. Llegemos hasta ella, ayudados por la imaginación y la historia, en un día cualquiera para quedarnos, viviendo en minutos, todo el tiempo que queramos.

Pero no vayamos a investigar qué extensión ocupaba su área poblada, acurrucada y chica como protegiéndose en su pequeñez; ni para repetir que, a la fecha de nuestro viaje, contaba apenas con unos pocos miles de habitantes.

Esa ciudad, en la frialdad de los datos estadísticos, es muy conocida y no podría mostrarle al visitante otra cosa que un censo incompleto.

Vayamos allá para escudriñar en el alma popular; para saber qué idea daba a quienes, como nosotros, quisiéramos conocer cómo era en su alma y en su estructura; dejemos de lado los afanes culturales de los ciudadanos que guiaban la intelectualidad, los quehaceres de la incipiente industria y de la rudimentaria agricultura y pensemos sólo que, a-

quella ciudad, era como niña alegre y esperanzada que va por los senderos de su nacimiento existencial buscándose en afanoso luchar para encontrarse algún día, con firmeza de eternidad.

Volvamos al San José de hace 75 años, en visión retrospectiva, guiados por la descripción débil, pausada y amorosa de quienes vivieron la época. Veremos, en el camino, la frondosidad bucólica de un paisaje virgen; la alegría en colores verdes de una tierra que se presentará a nuestros ojos con todo el esplendor, toda la potencia de su savia pura.

San José, 1877... Día de

mercado en la Plaza Real. Por los costados, y en el centro, sobre lonas y ganchos, montones de granos, frutas y verduras nacidos del suelo fértil. Día de mercado, de bullicio, de negocios. Afanosos vendedores que protegen su mercancía bajo los frondosos higueros que se levantan dentro de la plaza como guardianes, serenos en verano y convulsos en invierno. Una verja de hierro circunda la plaza y por ambos lados el maíz blanco y el amarillo, el dulce moreno junto al clarito, la tinaja entre los sacos de café en grano, el turrón para los golosos y hasta el pájaro para el hermano mayor...

La mañana, soleada y ra-



dante, refleja la blancura de las paredes encaladas, el rojo carne de las tejas en los techos y el brillo opaco de las calles empedradas. Si la brisa toma fuerza, una polvareda dejará marca oscura en el rostro del caminante. Y entre la gama de colores que la vista aprisiona al tenderse sobre la ciudad, muchos puntos verdes —robustos mangos y chayoteras espesas— emergerán por entre los techos indicando que allí la ciudad abre un paréntesis para dar campo a la naturaleza.

Se respira la paz y el silencio de lo que se mueve sin motores y apenas si, aguzando el oído, se percibirá, como murmullo, el trote de un caballo, el brincar de una carreta o el golpe sonoro del mazo que forja metales.

Es que la ciudad, inexperta y apacible, no tiene sirenas ni bocinas de automóviles. No hay tumulto por ningún lado y, si el viajero lo desea, puede pedir un bocado en cualquier puerta, con la seguridad de que una mano solícita le obsequiará un vaso de leche, una taza de café caliente o un plato de sopa reventando de verduras y de carne.

Vayamos por otros rumbos hasta situarnos en lo alto de Cuesta de Moras. Desde arriba veremos, exactamente, la dimensión de San José y tendremos una impresión concreta de sus comercios y de sus casas, las de Dios y las de los hombres: La Catedral, con sus pilares retorcidos, frente a la Plaza Real; el Cuartel Principal y las torres chatas y blancas del Carmen y de la Soledad.

por lógica consecuencia, y negarles la clemencia ni es justicia ni es cordura. Así dijo y tomó asiento el altanero orador, entre gritos de furor y voces de asentimiento. Dios restableció al momento, con un tímbrazo, la paz; y después, ante la faz de la celeste reunión, siempre incrédulo y burlón, peroró Santo Tomás: —Señores —dijo— con pena le declaro a San Antonio, que la astucia del Demonio

yo la pongo en cuarentena. Y no debe ser tan buena ni de tan gran eficacia, porque si fuera fecunda, no abundara como abunda, aquí la gente sin gracia. Apenas oyeron esta afirmación varios santos se levantaron los mantos para cubrirse la testa. Y un murmullo de protesta atronó el Sacro Concurso cual río que sale de curso amenazando desborde; pero Tomás se hizo el sordo y continuó su discurso:

Nos echa en cara sus glorias (que son glorias de entre casa) y con modestia algo escasa exagera sus victorias, contando ciertas historias de impúdicas bailarinas que, pródigas y divinas, allá en sus tiempos mejores, le brindaron los primores de sus bocas purpurinas. Eso es lujuria inextinta pues mentando a la mujer, San Antonio, con placer la rememora y la pinta! ¡Qué dibujo a media tinta nos presentó sin retoque!

Sus hembras son el disloque; pero si quiere que crea en ellas, que yo las vea... o por lo menos las toque! —¡Silencio! —gritó el Señor al oír tal desafuero—. Silencio, yo no tolero esas frases de color, y menos si el orador que las profiere es un santo. Tú eres duro como un canto para admitir la fe augusta: Sé incrédulo si te gusta: ¡Caramba; pero no tanto!

Aquella a quien perdoné

(CUENTO)

Por Adel López Gómez

Cuando salimos a la plaza solitaria, apenas empezaba a clarear. Seis personas nos seguían emparejadas. Entre ellas don Carlos, el administrador de correos y su señora, quienes nos hicieron el honor... Luego mi cuñado, mi imponente cuñado, grande, gordo, solemne, viejo y solterón. Estoy seguro de que venía diciéndole tonterías a ese encanto de Carmencita, nuestra prima, que sólo tenía diez y ocho años.

Adelante marchábamos nosotros: Soledad con su largo velo y su traje blanco. Yo con el saco negro y los pantalones de fantasía que había estrenado dos años atrás, cuando me hicieron bachiller en la Universidad de Antioquia.

Dije antes que la plaza estaba sola cuando salimos. También la iglesia parecía es-

tarlo. Pero cuando, ya casados, dimos la espalda al altar, observé con disgusto que había muchas sombras negras detrás de las columnas, y que todas ellas se dirigían como fantasmas en la penumbra del amanecer, hacia la puerta principal, para vernos mejor en la obligada proximidad de la salida.

Toda la beatería del pueblo nos había hecho la deferencia de madrugar para ver nuestras caras, estudiar nuestros gestos y sacar toda clase de deducciones sobre nuestro estado de alma.

Era domingo. De la cantina de Medardo Pérez que permanecía abierta desde la madrugada del sábado sin ninguna interrupción para lograr toda la clientela de los mercados, salió un individuo al oír en el andén el taconeo de la comi-

tiva. Estaba borracho, con una de esas borracheras gemebundas que quedan después de una prolongada vigilia alcohólica. Se apoyó en el marco de la puerta, se despejó la frente con un trabajoso movimiento de la mano izquierda, se pasó la lengua por los labios resecos como un orador asustado, y enarbolando la copa medio vacía, dijo, abriendo cuanto podía los ojos turbios: ¡Salud! El cristal se escapó de sus dedos y se hizo trizas en los ladrillos del andén. El líquido vertido alcanzó a salpicar las ropas immaculadas de Soledad. Ella se refugió en mí y oprimió con fuerza mi brazo de marido, sin decir palabra.

Una cuadra adelante, en el tejado, frente a la carnicería "La Abundancia", un gallinazo esperaba receloso la oportunidad para descender a la calle sobre los huesos monda-

vez otro grupo, en casa de una figura política, con título de coronel, fraguará una revolución. Afuera... los grillos seguirán su canto hasta que la luz del nuevo día les anuncie que llegó la hora de dormir.

Al día siguiente, trabajo que comienza a las 6 de la mañana y termina a las 6 de la tarde; amanecer fresco de ciudad tranquila y gente laboriosa; el lechero cargando su mercancía blanca y abundante; la carreta con leña y las mozas con canasto al cafetal; los bueyes que van al trabajo y las vacas al ordeño; los estudiantes presurosos a la escuela o, tal vez, llantos y abra-

dos. Cuando estuvimos cerca nos miró contrariado y echó a volar...

Yo me llamo Luis, mejor dicho Luis Eduardo. Mi cédula de ciudadanía —número... 22497628— expedida hace seis meses, dice: edad, 22 años. Cutis, trigueno. Estatura, 1,67. Cabello, castaño. Señales particulares visibles, cicatriz alargada en el dorso de la mano izquierda. Y agregó: de profesión farmacéuta. La cicatriz me proviene de una quemadura que sufrí cuando niño, y la profesión de farmacéuta fue un recurso que adopté para poder vivir en esta pequeña ciudad de provincia.

Cuando salí de la Universidad con la cartulina de bachiller firmada y en orden, estuve dos meses en una finca pensando lo que debía hacer de mí. No quería más nada con libros ni profesores, y entré —no había cosa mejor— como aprendiz en una botica de Medellín. Me pagaban veinte pesos al mes, pero tenía que trabajar como un negro. Lavaba botellas, empacaba sulfatos, limpiaba morteros, cobraba cuentas.

De este modo, luchando, con los morosos deudores del establecimiento, haciendo la consignación diaria en el banco y poniendo tiquetes a los frascos de aceite de ricino, fue como logré aprender el delicado oficio de farmacéuta, en el cual, modestia aparte, he lo-

Bajemos para caminar por la Calle Real, estrecha, polvosa, con un desagüe en el centro y sin aceras... Y sabremos que en invierno el tránsito es congojoso y, a caballo, en coche o a pie, no podremos librarnos del lodo, quizá del trapiés en las piedras lodosas. En esa calle, y en las otras principales —de la Fábrica, de los Cementerios o de la Universidad— están los comercios más importantes: ferreterías, tiendas, librerías, cantinas, verdulerías y un club para la sociedad y una biblioteca para la inteligencia.

El día pasa y llega la noche. Si es de fiesta, la pólvora romperá el silencio de las primeras horas y las marimbas

prenderán alegría en el ambiente iluminado a medias con canfin. El farolero, un tipo muy conocido, casi familiar, aparecerá cargando trapo, tijeras y escalera, poniendo lumbre en los faroles. Y aparecerá otro individuo peculiar, amable, definido: el Sereno: Zuecos, poncho, retaco y pito. El Sereno tendrá voz de barítono; para responder, en tono sostenido, al llamado del Ronda: —Alerta estáaa...!

Si la noche no es de fiesta el recogimiento invade la ciudad; y entre luz de candelas o de canfin habrá una reunión familiar para rezar el Rosario; un grupo de bohemios leerá y discutirá en el Club; tal

zos en la despedida del muchacho que, llena el alma de ilusiones y los ojos llenos de lágrimas, va al extranjero en busca de saber, para volver después cargado de ideas nuevas para engrandecer a una ciudad nueva.

Podemos pensar, si queremos, que estuvimos en un pedazo del mundo que bien pudo semejar al paraíso; pero sepamos, en todo caso, que posamos las plantas de nuestra fantasía en el regazo que floreció al calor de lágrimas, de alegrías y congojas de nuestros abuelos. Estamos saliendo, en fin, de lo que fue, en su sencillez y reciedumbre de hogar casi agreste, la cuna de la Patria costarricense.

grado satisfactorias distinciones.

Pero ¿qué porvenir se me ofrecía allí, con un sueldo tan reducido? Me acordé entonces de que pertenecía a una raza trashumante y aventurera, y me marché. En el azar de los viajes probé aún otras profesiones. Por ejemplo me hice periodista en Manizales, fotógrafo en Ibagué y vendedor de refrescos en Cúcuta.

Pero aquí, en la tranquila ciudad de Rioclaro, donde a nadie le interesan otros periódicos que los de la capital; donde las gentes tienen en grado mínimo la vanidad fotogénica; donde la suavidad del clima arruinaría el negocio de refrescos, hallé más conveniente el ejercicio de mi profesión primitiva.

Y podrá verse cómo, de indirectos modos, la familiaridad de los sulfatos y otras sustancias me llevó en cierto amanecer de domingo al pie del altar. Para que de regreso de tan memorable jornada, un

borracho sentimental —en indudable gesto de augur— rompiera al paso de la comitiva su última copa.

Sobre los anchos hombros del doctor Servando Aragón y Montes descansaba una seria responsabilidad. La de toda una población de seis mil almas donde era el único galeno titulado. Tamaña carga moral asignada a la persona de un solo ciudadano, tuvo por consecuencia natural la de que aquel hombre de todos, hecho para compartir las lágrimas y los dineros de todos los rioclarosenses, no hubiera tenido tiempo de casar a ninguna de sus tres hermanas.

Altas, delgadas, católicas y blancas, aquellas buenas mujeres cortadas por un mismo patrón parecían no haber tenido más que un inevitable destino. El de mullir el lecho, limpiar los trajes y sufrir humildemente las rabiets y las debilidades de su importante hermano. Severo y austero,

con la severidad y la austeridad de su genio, Aragón y Montes, hombre de generosos ideales y abnegados principios, entregó de tal manera su alma y su talento al bien de los afligidos, que no veía la tragedia de aquel lento envejecer de las hermanas, triplemente grave y patético.

Cuando a los veintisiete años Servando alcanzó el doctorado, las mismas hermanas amantes y deslumbradas que le escribían largas cartas de la parroquia a la capital, le recibieron y se le consagraron. Huérfanas desde la primera infancia, ellas vieron siempre en el médico a un sér superior. Mientras él iba gastando a su modo "el oro magnífico de la bella vida" —giro literario del cual gustaba mucho—, ellas se ocupaban sin descanso en complacerle. Le aliviaban de todos los cuidados de la vulgaridad cotidiana para que aquel selecto espíritu, libre y despreocupado, especulase mejor en los absortos planos de la ciencia. ¿Acaso no era su deber? ¿No tenía

Servando el derecho de que ellas adivinasen hasta sus menores deseos?

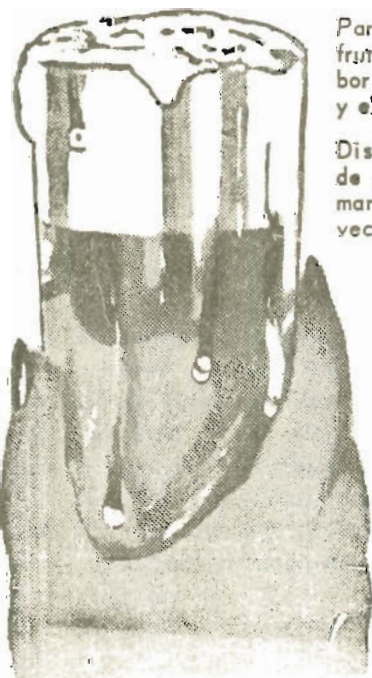
No se necesita demasiada imaginación para suponer la suerte de un boticario de pueblo, cuyo patrón millonario tiene tres hermanas tardíamente casaderas. No hay, pues, para qué hablar demasiado sobre los detalles de mi noviazgo con Soledad Aragón. En él fui incurriendo sin darme cuenta, empujado por las circunstancias y por las personas que me tendían, todas, sus lazos ineludibles.

¿Cabe imaginar situación más apremiada que la mía? Cuando salíamos al campo, a uno de aquellos lindos campos del doctor; al caminar por las floridas huertas y bajo los encendidos crepúsculos, ¿cómo evitar la vieja alusión de la margarita que se despetala o del romántico celaje? Cómo eludir la tierna presión de una mano cuando había tres pares de manos olvidadas?



PILSEN

SABROSA ES POCO!



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegra dos veces.



De aquella caricatura de romance me quedan algunos recuerdos. Ellos me dejan una vaga desazón de remordimiento, sobre todo ahora cuando eso parece tan lejano. . . ¡Inocente Sola! La primera vez que tuve el mal antojo de perturbarla, pasábamos los días de semana santa en las tierras de "La Ladera", sembradas de plátanos y árboles frutales. Fui allí con las tres hermanas como un sobrino mimado. Todas me atendían con una solitud digna de mejor partido. Tácitamente se advertía el designio de casarme con la menor, con la menos lejana de mi fecha de nacimiento.

Era viernes santo. Paseábamos juntos por entre una plantación de naranjos que apenas en ese año darían su primera cosecha. El tiempo era delicioso. Hacía un poco de viento. Por el angosto valle, a doscientos metros de nosotros pasó el tren. . . De pronto, sin meditarlo, tomé a Sola entre mis brazos y la besé. . . ¿Cómo pude besarla así? Tal vez sería sólo esa mañana, pero al menos en ella, estoy seguro de haberla deseado. Sin un verdadero relámpago de deseo, no hubiera podido ser. . . Su boca oprimida no sabía más que gemir. Las mujeres jóvenes nunca gimen cuando se las besa.

Cuando se deshizo el abrazo nos miramos desconcertados, con una embarazosa gravedad.

—Me besaste. . . ¡Dios mío! El único hombre que me ha besado. . . Estoy loca. . . ¡loca! ¿Qué pensarás de mí?

Yo no pensaba nada. Los aspavientos de Sola me parecían divertidos y un tanto ridículos.

La miré trastornada y trémula, en el declive de un maravilloso momento, acaso el más grande de su desierta edad. Y me hubiera echado a reír si sus desmesuradas palabras no me hubieran impresionado como una cosa patética, absurda.

Me tomó del brazo y caminamos de nuevo. Seguía musitando, olvidada de todo, turbada y dichosa como una adolescente:

—¡El único! Tú. . . ¿No se lo contarás a nadie, verdad? ¡Virgen María! ¡Hoy viernes santo! . . .

Era la primera vez que tuteaba. A medida que avanzábamos en medio de la perfumada soledad, su alegría se me hacía más irritante e inadecuada. Y pensar que alguna vez aquella pobre Sola debió tener veinte años.

Todos los paisajes de novios tienen una piedra o la incitación bucólica de un prado. Nosotros tuvimos la piedra. Y cuando nos sentamos en ella, cuando Sola enamorada me atrajo contra su viejo corazón virginal, en el instante del "negrito mío" y del "yo soy tu muchacha", mis ojos descansaban en la sinuosidad del tobillo izquierdo, allí donde una espina traviesa había practicado un agujero redondo, del tamaño de una moneda de níquel, sobre la media de hilo.

Aquella alegría del callejón rural resbalaba por la superficie de mi alma sin acertar a penetrar en ella. El auto de la familia marchaba despartando las músicas del viento. Ibamos camino de "La Ladera", en el primer día de luna de miel.

Toda mi nueva parentela iba dentro del trajinado vehículo. Al timón estaba Carmencita, "nuestra prima" de diez y ocho años, a quien el sabio galeno, mi cuñado, le hacía la corte con su maliciosa sencillez de sexagenario. Ella le dejaba hablar casi sin oírlo, embriagada en el vértigo de la velocidad. De vez en cuando una voz inquieta advertía:

—No corra tanto, niña, por Dios, que nos va a matar en una de estas vueltas.

Efectivamente el terreno era accidentado. Pero ella no se arredraba:

—Conozco esta carretera con los ojos cerrados.

Pero lo que la conductora no podía saber era que la muerte nos esperaba en uno

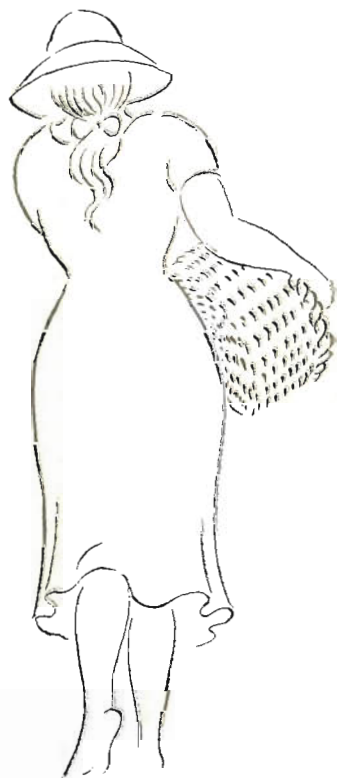
de aquellos recodos. Nadie la vio venir. De repente un grupo de chiquillos apareció a dos metros, en mitad de la vía. Un ruido, una frenada brutal, un grito de horror. . . Abajo, muy hondo, brillaron por un segundo los pedretones al sol. . . Durante este segundo pasó el ciclón de la muerte.

¡Tres meses ya! ¡Cómo tardan en soldar estos brazos y estas piernas infortunados! Pero hay que ser justos. Casi fue como si me hicieran de nuevo. Todo ha sido una pesadilla espantosa de la cual he despertado sin poder sacudir su angustia suprema.

Después de aquel precipicio abierto y de aquel grito que todavía resuena en mis oídos, duré muchos días aturdido por la morfina, semi-inconsciente, tratando de asir, en los ratos de lucidez, todos los cabos de la tragedia. Al décimo día me sentí lánguidamente resucitar.

Había en torno un pesado misterio que nadie me quería revelar para bien de mi cabeza fracturada.

Pero una mañana vino ja



GANADERO:

Las Melazas

constituyen el alimento más eficaz y más económico para su hato.

MAYOR PRODUCCION DE LECHE

Engorde más rápido del ganado de carne.

Sólo las piedras cuestan menos que las melazas!

Diez céntimos el kilogramo.— Cuatro y medio céntimos la libra.

Pregunte al Ministerio de Agricultura e Industrias por los extraordinarios resultados que ha obtenido en sus experiencias con este alimento.

CAMARA DE AZUCAREROS

Los átomos han resultado demasiado grandes

Por Max Ricardo Cuenca

Cuentan las historias que Demócrito, uno de los grandes filósofos griegos, 500 años antes de Cristo, acostumbraba llevar a sus discípulos a los alrededores de la ciudad, y que su lección principal consistía en tomar un pedazo de mármol y dividirlo en varios fragmentos. Separaba uno de estos fragmentos y lo dividía en otros; luego uno de éstos, en otros, y así sucesivamente hasta llegar a uno tan pequeño que ya no le era posible dividirlo. Explicaba que si hubiese dispuesto de medios adecuados, hubiera podido seguir haciendo subdivisiones y subdivisiones hasta llegar a una partícula tan pequeña que le hubiera sido verdaderamente imposible dividirla más: a es-

ta partícula llamaba "átomo". Advertía que con ellos estaba formada toda la materia existente en el mundo. Para los sabios romanos, herederos de la ciencia de los griegos, especialmente para Lucrecio, los átomos eran unas bolitas pequeñas provistas de garfios que, en los sólidos, se entrelazaban fuertemente, haciéndose difícil separarlas; estaban menos unidas en los líquidos y menos aún en los vapores. Este apasionante modo de razonar se perdió durante 1.700 años, en el largo periodo de la Edad Media, y sólo hasta hace unos ciento cincuenta años, la ciencia volvió a tomar el camino de los sabios griegos, de manera que los sabios antiguos y los modernos aparecen

de acuerdo en que la materia está formada de átomos. Pero si para los antiguos el átomo era una esferita de materia compacta provista de garfios,

para los sabios de hoy el átomo es algo muy diferente. Para los sabios contemporáneos el átomo ya no es materia propiamente hablando sino energía. Algo así como burbujas de energía, concentrada en una porción central llamada núcleo, compuesto a su vez de unas cargas eléctricas llamadas protones; un espacio vacío y a cierta distancia del centro otras cargas llamadas electrones, moviéndose en sus órbitas a grandes velocidades. En total los sabios han descubierto 24 partículas diferentes dentro del átomo y se cree que faltan otras por descubrir. Pero como se ha asegurado que estos átomos no podrán ser vistos por el ojo humano ni aún disponiendo de los más poderosos microscopios, mu-



primita. Se sentó al borde del alto lecho, y de repente protestó violenta:

—Déjeme, por favor, déjeme... Váyase un momento... Necesito confesarme con él porque ya no puedo ni podré nunca vivir en paz...

Todavía sollozó largos minutos, con la cabecita hundida entre las sábanas de mi cama. Luego, encarándose conmigo súbitamente, repitió su desolado estribillo:

—No puedo, no puedo...

Y entonces comprendí de una vez. Hice el ademán de incorporarme, y un dolor agudo me mordió en la carne y los huesos. Imploré, vencido:

—Cálmese por favor, Carmencita. ¿Qué es lo que me quiere decir?

—Yo los maté. ¿No sabe? ¿Quién me perdonará ese crimen tan horrible?... Cada día uno... Nadie ha podido siquiera abrir los labios para recriminarme... Ayer Elisa... Anoche Blanca... Hoy Soledad... Ahora Servando... ¡Todos muertos! ¿Comprende, Luis? Todos muertos por culpa mía.

Nada podía contestar a aquella niña desesperada. La revelación me había dejado mudo. La dejé llorar hasta cuando la consoló su propio cansancio... Yo mismo lloré en silencio mis inconfesos pecados.

Y ahora, por vez primera en tanto tiempo, vuelvo a tener el control de mis manos y recobro lentamente el dominio de mis pies. Me sacan al

jardín de "La Ladera" hasta que el calor me hace replegarme a los corredores de mi casa. Después del almuerzo leo, dormito, y cuando despierto vuelvo a leer. Carmencita me trae de Rioclaro buenos libros. Es adorable esa chiquilla. Le queda poco de aquel victorioso júbilo de otros tiempos. Pero tal vez por eso mismo su sonrisa actual tiene un encanto más hondo.

Cuando viene a esta casa, todo parece estar mejor. Hablamos muy poco. La nuestra es una suave y consoladora amistad que nos hace mucho bien a ambos. Como tenemos grandes pesares comunes, callamos en torno de ellos, y así cada uno siente, agradecido, cierta gratitud por la delicada discreción del otro.

No queremos, no podemos hablar de los muertos. Ella sa-

be cuánto amé a Sola y qué irreparable dolor me ocasiona su pérdida... El día, ya cercano por suerte, de mi primera salida, iremos juntos a llevarle flores al cementerio. Carmencita me lo ha prometido tímidamente. Y yo, para agradecer su delicadeza suma... ¡he puesto sobre sus labios mi mejor beso de gratitud!



chos se preguntan si, en realidad, existen. Hoy se ha comprobado que los átomos no sólo existen sino que han resultado ser demasiado grandes. No pudiendo verse, la existencia de los átomos se prueba por medio de evidencias indirectas, de las cuales hay cuatro muy interesantes. Primera: los cuerpos simples o elementos se combinan siempre en las mismas proporciones. El agua se forma invariablemente con dos volúmenes de hidrógeno y uno de oxígeno. Si los átomos no existieran esto no podría ocurrir. Segunda: si se mezclan 500 cc. de alcohol con 500 cc. de agua destilada, se deberían obtener 1.000 cc. de la mezcla: pero en realidad, sólo resultan 934 cc. Esto prueba que tanto el agua como el alcohol, están formados por partículas que de un modo o de otro penetran las unas en las otras. Tercera: la película que refleja el arco iris en las pompas de jabón, con las que todos hemos jugado, tiene la mitad de una milloné-

sima de milímetro de espesor, lo que indica que las partículas que forman la película tienen que ser mucho más pequeñas aún; y Cuarta: si un centímetro cúbico de colorante rosa se diluye en 30 litros de agua destilada, o sean ... 30.000.000 de milímetros cúbicos, toda el agua toma un tinte rosado, lo que demuestra que en el milímetro cúbico de colorante hay, por lo menos 30.000.000 de átomos.

Hoy se estima que 5.000.000 de átomos de hidrógeno puestos en línea, tienen un milímetro de largo. Hace unos pocos años sólo se conocían unos 92 cuerpos elementales o elementos; hoy llegan a 104, pero ya no se distinguen por sus nombres sino por números. Estas cifras indican el número de protones del núcleo y como a cada protón corresponde un electrón, el mismo número indica los electrones del átomo. Así el hidrógeno el más simple de los átomos naturales, es 1. Esto indica que el hidróge-

no tiene un sólo protón y un sólo electrón girando vertiginosamente. El Carbono es 6; el Azufre 16; el Hierro 26; la Plata 47; el Oro 79; y el Uranio tan famoso en la actualidad con el más complicado de los átomos naturales, es 92; 92 protones y 92 electrones. Los electrones giran a tal velocidad que ella les permite estar en todas partes y formar, como si se dijera, la concha del átomo. Esto se explica, la luz, como se sabe, se mueve a 300.000 kilómetros por segundo. Si un haz de luz siguiera la curvatura de la Tierra en el Ecuador, a unos 500 kilómetros de altura, le daría 12 vueltas por segundo y formaría una corona luminosa compacta, es decir, que cada segundo pasaría 12 veces por nuestra vista. Si los haces cruzaran en todas direcciones, la Tierra se cubriría de una capa luminosa permanente que estaría a la vez en todas partes. Así ocurre con los electrones girando sobre el núcleo central: aparecen en todas partes formando la concha del átomo, considerada hasta hace poco, impenetrable. Para traspasarla y llegar hasta el centro ha sido necesario bombardear el átomo con proyectiles mucho más veloces que los electrones, con partículas fantásticamente aceleradas, con las cuales se ha

llegado al corazón del átomo, logrando desintegrarlo; partículas que atraviesan la concha del átomo tal como los proyectiles de la ametralladora de un avión de caza atraviesan al disco que forma la hélice sin tocarla. Pero, como ya hemos señalado, entre el núcleo y las órbitas de los electrones que forman la concha del átomo, hay un espacio. De manera que los átomos no son tan pequeños como se creía y si se pudiera suprimir el vacío que existe dentro del átomo y se formara una masa compacta con sólo los núcleos y los electrones de la materia, la Tierra, que tiene unos ... 12.000 kilómetros de diámetro, quedaría reducida a una esfera de sólo 800 kilómetros de diámetro, pero pesaría exactamente igual a la otra. Si se vaciara el lecho del Atlántico no alcanzaría el agua de todos los océanos, mares, lagos y ríos para volver a llenarlo; un gigante de 6 metros y 400 kilos quedaría reducido a algo apenas visible, y el metal de 10 mil acorazados de los más grandes, podría reducirse al tamaño de una pelota de fútbol, pero no tendríamos cómo manejarla, porque pesaría igual a los 10.000 acorazados y por su propio peso se hundiría atravesándolo todo, hasta llegar al centro de la Tierra.

INSTITUTO COSTARRICENSE DE ELECTRICIDAD

LAS FINANZAS DEL ICE

El capital de inversión del ICE está formado por los aportes estatales, por la rentabilidad de la explotación de sus propiedades eléctricas y por los créditos nacionales y extranjeros que se obtengan para el **Plan de Electrificación Nacional**.

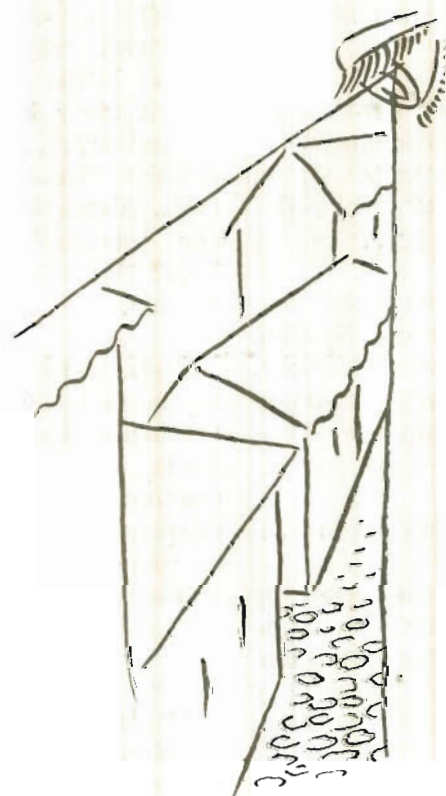
El capital proveniente de la rentabilidad de la explotación de las propiedades eléctricas, es el que corresponde al porcentaje de capitalización para inversiones que le permite la prestación del servicio eléctrico al costo.

La formación de capital del Instituto para el Plan de Electrificación Nacional tiene por objeto:

- 1) Absorber las posibilidades de ahorro del país;
- 2) Dotarlo de medios económicos necesarios para impulsar su propia economía, y
- 3) Llevar a cabo obras auto-financiables para la prosperidad y progreso de Costa Rica.

No se pretende realizar obras que graven las entradas del Estado y los bienes nacionales; no se pretende romper el equilibrio económico del país. Se pretende unificar los que el Estado puede aportar al problema eléctrico, lo que renta la explotación de los recursos naturales y las plantas térmicas en manos de una empresa costarricense, para la resolución activa del problema eléctrico, que siempre fue un freno al desarrollo del país.

Instituto Costarricense de Electricidad



Brújula Quieta

El Lic. don Víctor Guardia Quirós



El Lic. don Víctor Guardia Quirós, por su cultura, por su vigoroso carácter, por su talento literario, mereció presidir la Academia Costarricense de la Lengua y figurar en los primeros lugares de nuestra intelectualidad. Su estructura cultural francesa realizada en París, se ajustó, de una manera perfecta, a la vibración extraordinaria de su sensibilidad exquisita.

Como literato hizo bellísimas páginas de motivos muy principios del siglo XX, dentro de la esfera de la punzante iro-

nía de un León Bloy, porque su inclinación a la controversia lo inclinaba a este género literario bravío y fino a la vez, como su propia alma. Un gran polemista, no solo por las ideas y por la ilustración que había alcanzado en la Ciudad Luz, sino además por el temple de su frase, por su talento literario innegable.

Muy pocas veces se une en el mismo hombre, al periodista tendencioso y fuerte con el escritor delicado, capaz de ganar una batalla en cualquier parte: en un medio primitivo

como el nuestro, como en cualquier centro culto del mundo. Con lo que deseo manifestar que era un escritor superior a su medio en muchos aspectos y por eso andaba, no pocas veces, como un león solitario en los campos de lucha de la República. Era, como se ve, un aristócrata. Aristócrata por su pensamiento, por su sensibilidad artística, por su don combativo superior y por su fe en los derechos del hombre. Puede decirse que era un liberal que había desenvuelto sus capacidades en lo que llamo la generación más alta de Costa Rica: la de Antonio Zambrana.

Un Quijote que desaparece de la palestra. Un idealista incurable. Un hombre en toda la extensión de la palabra.

Deja entre otras obras sus ESCARCEOS LITERARIOS, que tuve el singular honor de prologar. Dato que sirve para que se vea hasta qué punto hube de admirar sus cuentos magníficos, sus crónicas aladas, sus artículos de combate.

Además de este libro publicó varios ensayos de polémica jurídica en que no sabe uno qué admirar más: si al escritor finísimo o al ideólogo informado en todas las fuentes.

Desaparece de la vida literaria, uno de los escritores más altos que ha tenido Costa Rica. Y pienso, con las manos en el corazón, en el amigo que se va para siempre. Y que la literatura costarricense ha perdido a uno de sus mejores hombres. Paz a sus restos y gloria inmarcesible a su recuerdo.

MOISES VINCENZI.

—:—

En ciertos círculos enterados, se susurra desde hace algún tiempo sobre la exigencia de una película costarricense inconclusa. Se sabe que Alberto De Goeyen, un joven inteligente y entendido en esos achaques, anduvo hará dos años por las playas de Dominical y de San Lucas, y por las faldas del Irazú, con una cámara de Tecnicolor en ristre, filmando una película corta que usaría como fondo musical "El Atardecer de un Fauno" y otras de Debussy; se sabe también que dificultades de orden financiero han impedido que esa película sea terminada. Los iniciados, los pocos que habían visto lo que hay filmado, hablan de la inconclusa película de De Goeyen como de una obra de arte.

Eso era todo cuanto este cronista sabía. Había una especie de aura misteriosa en torno a la obra cinematográfica inconclusa de De Goeyen. Hasta que un día de estos, fue invitado a una proyección de los rollos que están filmados.

ESCUELA DE RELACIONES PUBLICAS EN COSTA RICA

Desde agosto de 1958 ha estado trabajando, en San José, la Escuela de Relaciones Públicas fundada por el periodista D. Gabriel Solera. En estos días está ofreciendo matrícula para el curso de Relaciones que dura 4 meses. Lecciones lunes y viernes.

Los informes se obtienen por el teléfono J-6267.—

La obra aspira a ser un poema sobre dos personajes: un muchacho pescador del Pacífico, y una joven rubia, rica en apariencia, de la que él se enamora platónicamente. Hemos dicho un poema porque el tono de la película es absolutamente poemático. Los 20 y tantos minutos de proyección (pruebas sin cortar, "rushes" que se dice en lenguaje técnico), transporta al que tiene la fortuna de verlos, a un extraño ambiente de poesía pictórica, como si se hubiera plasmado en imágenes el estilo de una obra como "Las Mansiones Verdes" de Hudson.

El paisaje costarricense, lo mismo el tropical y marítimo de la costa, como el fantasmagórico y misterioso de las faldas volcánicas, nunca fue más bello; y es que la cámara de De Goeyen, con algo de mágico, concluye por no limitarse a reflejarlo, sino que se aventura a interpretarlo en un audaz lenguaje de imágenes.

La película —repetimos— está sin terminar. Todavía no hay coordinación de escenas, ni secuencia lógica en el desarrollo. Pero es una obra de magia: ya el fondo musical de Debussy —no totalmente acoplado al ritmo de las escenas— parece que en las distintas tomas va encontrando la interpretación gráfica exacta. Cuando se compara esta obra aún sin pulir con los pedestres intentos de torpe cinematografía que aquí se han hecho, es cuando comienza uno a respetar a su productor, director y camarógrafo, y a lamentarse de que no haya logrado dar plena cima a su honesto empeño.

El día que esta película quede terminada, será —pese a su corto metraje, y si la obra concluida tiene la calidad de lo que ya está filmado— una de las pocas obras de arte cinematográfico que hayan salido de América Latina. El día que esa película se exhiba fuera de las fronteras costarricenses se podrá decir que Costa Rica ha hecho una buena contribución al arte. Y esa exhibición está casi garantizada, porque la película de De Goeyen está, desde ahora invitada a participar en el Fes-

tival Cinematográfico que anualmente se celebra en Berlín, y donde le será fácil obtener facilidades de contribución que amorticen su costo.

Lo que sucede es que De Goeyen no sólo tiene un alto sentido estético, sino también un conocimiento serio de la técnica y las posibilidades cinematográficas. De allí que su película no tenga, ni un momento, el extraño tufillo que se desprende siempre del cine de aficionados.

¿Es que hay capitalistas en Costa Rica, inclinados y dispuestos a emprender en una obra de alto contenido estético, que al mismo tiempo puede llegar —salvado el riesgo natural de toda inversión— a ser un limpio negocio? Esa es la incógnita que De Goeyen tiene ante sí. Pero ahí está abierta la posibilidad de que los hombres de dinero contribuyan a la terminación de una empresa de gran vuelo, no de una película meretriz, que redundará en prestigio para nuestro país, que en esos menesteres ha andado siempre tan ayuno de él.

La atención constante de esta columna, obliga a su redactor a ver una desmedida cantidad de celuloide. Por lo tanto, podría decirse que tiene el gusto ya estragado de cosas vulgares, mercenarias, y de rastrera intención. De allí que cuando se encuentra con el germen o el capullo de una auténtica obra de arte, prorrumpa en gritos de entusiasmo.

Lo que sucede en este caso, es que el grito tiene que quedarse medio ahogado, porque lo que ha visto es una película a medio hacer. Una película de tal envergadura, que nadie creería que en Costa Rica pudiera acometerse y menos realizarse. Una obra de auténtico valor que sólo espera la financiación que le falta, para salir por los cuatro rumbos del mundo, a poner en alto el nombre de nuestra tierra, por su audaz concepción y por la poética y bellísima manera en que ha sido realizada.

El diputado Fernando Volio Jiménez presentó el siguiente proyecto de ley en la Asamblea Legislativa:

—De acuerdo con el Código de Educación la Universidad está facultada para percibir el producto de un derecho sobre las adjudicaciones por concepto de herencia o de ganancias, que se liquidará tomando en cuenta la porción que se adjudica a cada heredero, legatario o al cónyuge sobreviviente, de acuerdo con varias reglas que establecen porcentajes ascendientes según el monto de las adjudicaciones y la calidad de heredero o legatario.

Como es indispensable formar un capital fuerte para la Editorial Costa Rica creada por la Ley No. 2366 de 10 de junio de 1959, y la Universidad de acuerdo con el artículo 84 de la Constitución Política... "es una institución de cultura superior...", y tiene una función específica e importante en la Editorial Costa Ri-

ca es pertinente aumentar en un porcentaje módico ese derecho de la Universidad sobre las adjudicaciones hereditarias.

En consecuencia, presento el siguiente proyecto de ley:

LA ASAMBLEA ETC.,

Decreta:

ARTICULO 1º—Auméntase en un diez por ciento el derecho sobre las adjudicaciones por concepto de herencia o ganancias, establecido a favor de la Universidad de Costa Rica por el artículo 441 inciso 9) del Código de Educación, y se liquidará en la misma forma allí indicada.

ARTICULO 2º—El producto del recargo que establece el artículo 1º de esta ley, lo girará la Universidad a la Editorial Costa Rica tan pronto haga la correspondiente liquidación.

ARTICULO 3º—Esta ley rige desde su publicación.

EL PUEBLO DE COSTA RICA
ha usado y sigue usando



Zepol

Contra Resfríos,
Catarrros,
Influenza y Gripe

Exija el legítimo ZEPOL
de acción prolongada.
¡No se disipa!

El Ministro francés de Cultura Andre Malraux expresó su esperanza de que los países latinoamericanos envíen en el futuro una representación más importante a la exposición biennial de París cuya primera organización inauguró de manera que pueda consagrarse una sección especial.

La "primera manifestación biennial internacional de artistas jóvenes" quedó abierta en el museo de arte moderno, con participación de más de cuarenta países.

El delegado general Raymond Cogniat dijo:

"Descartando todo espíritu de rivalidad, nuestro programa se enclava en el vasto inventario de la cultura actual. Junto a las prestigiosas exposiciones de Venecia y de Sao Paulo que rinden homenaje a los artistas que ya pudieron afirmar su personalidad y cuya influencia marca el arte de su época, hemos elegido hacer de la biennial de París un lugar de encuentro y de experiencia para los jóvenes, un campo abierto a las incertidumbres y a las esperanzas".

Obras de pintores, grabadores y escultores de Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, Guatemala, México, Nicaragua, Perú, San Salvador y Venezuela figuran en el copioso catálogo de la muestra en la que predominan las más modernas y atrevidas tendencias del arte.

Malraux dijo a los periodistas:

"Al constatar que la mayoría de la pintura ha devenido informal se nos pregunta por las preferencias del estado. El estado no tiene preferencias en materia de pintura.

"Se pregunta también: ¿La pintura será o no abstracta? La pintura debe ser lo que el pintor la ha hecho, no lo que los teóricos digan.

"Por primera vez la pintura ha descubierto su libertad. Y no cabe esperar que retroceda, que retorne a las normas salidas del renacimiento. Lo que la pintura ha descubierto no es una tendencia, sino su li-

bertad. El estado no tiene más misión que defender esa libertad como todas".

Acerca de la participación latinoamericana dijo:

"He visto con satisfacción el aporte de esos países. Está bien. Pero es desigual e insuficiente. En mi reciente viaje por Sudamérica he visto obras de arte joven de esos países, en Argentina, por ejemplo. No están aquí representadas evidentemente por las dificultades de organización y apremios del tiempo. Es de esperar, para la próxima, una representación mayor de los países de Latinoamérica, a los que podrá consagrarse una sección especial".

—:—

La Editorial Universitaria acaba de publicar la valiosa obra del Dr. Salvador Aguado Andreut, intitulada "Lengua y Literatura".

El voluminoso texto, de 450 páginas (con un apéndice de fotografías de los más ilustres lingüistas y filólogos), constituye una verdadera síntesis de los aspectos más significativos de la labor desarrollada —durante casi tres años— por el Dr. Aguado y por sus profesores asociados, en la Cátedra de Castellano de Estudios Generales.

Siguiendo la concepción unitaria, sustentada por el autor, los problemas lingüístico-gramaticales y los problemas literario-poéticos, son tratados en un plano de mutua integración. Dicen los profesores Isaac F. Azofeifa y Virginia S. de Sandoval, en el prólogo de la obra, y con referencia a esta idea central:

"El tratamiento de la literatura o de la poesía, como el tratamiento de las cuestiones lingüístico-gramaticales, sigue sus propios criterios metodológicos, pero obsérvese cómo el autor no pasa saltando de uno a otro campo, como si entre ellos existiera un abismo, que es tesis ya derrocada. Literatura, poesía, gramática, fueron artificialmente separadas como mundos extraños, opuestos, incomprensiblemente opuestos y diversos. ¿De

qué sirve la gramática si no nos ayuda a encontrar más fácilmente el secreto de la poesía, de la literatura, y del más sencillo decir del hombre ordinario? ¿Entendemos de veras la poesía, la literatura, si mediante su análisis, no podemos encontrar también ahí la humilde gramática logrando su sentido verdadero? Por que es verdad que existen, no una gramática, —y menos un dogma gramatical,— sino tantas gramáticas como pensamiento se dan en el mundo y en el hombre".

Completa el libro un valioso apéndice bibliográfico de 30 páginas, subdividido en tres partes, a saber: 1. Bibliografía de problemas lingüísticos; 2. Bibliografía de la Ciencia Literaria y 3. Bibliografía literaria por capítulos.

El Dr. Aguado, con esta obra original suya, contribuirá indudablemente, a promover un mayor interés por las nuevas orientaciones lingüísticas, cosa muy necesaria en Costa

Rica, en donde estas disciplinas se han mantenido —por años— en un continuado estancamiento, aferradas a un dogmatismo malsano para el progreso de la investigación científica.

Lic. Mario Fernández Lobo



Aerovías del Valle

LTDA.

AVE

UNA EMPRESA NETAMENTE NACIONAL

Ofrece vuelos diarios a San Isidro, Volcán,
Buenos Aires, Potrero Grande, Palmar,
Puerto Cortés, San Vito, Villa Neilly,
La Cuesta.

"AVE" ES SEGURIDAD EN VUELO

Teléfonos: 6078 - 2318 — Apartado 1287

Oficina: Costado Sur Club Unión

MIGUEL MACAYA & Cía.

MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.

Maquinaria para la Agricultura y la Industria

Maquinaria Agrícola en una línea completa.

Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).

Motores Diesel "Petter".

Equipo para construcción de carreteras.

Compresores de aire "Worthington"

Equipo de Refrigeración.

Bombas para agua "Worthington".

Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".

Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".

Palas Mecánicas "Link-Belt".

Quebradores de Piedra "Universal"

SURTIDO DE REPUESTOS

TALLER DE SERVICIO

CONSULTE NUESTROS PLANES DE FINANCIACION

EDIFICIO INTERNATIONAL

75 VARAS NORTE HOTEL EUROPA

Teléfonos: 5830-5831

Apartado: Letra "A"

Conozca Costa Rica primero

Las bellezas naturales y la cultura de su pueblo son el fundamento básico para competir en el mercado turístico internacional

Colabore con el

INSTITUTO COSTARRICENSE DE TURISMO

una institución autónoma para el fomento del turismo como medio de robustecer la economía nacional y fuerte vínculo de unión entre los pueblos del mundo.